

Timonel

Revista literaria del Instituto Sinaloense de Cultura

Año 4 | Número 14 | Agosto de 2014



Contenido

- 3 Presentación
- 4 Sade, nuestro (des)conocido | MOISÉS ELÍAS FUENTES
- 7 La tierra de los sueños / La boda de Vladimir Niev | NOEL MARTÍNEZ
- 8 Mascarada | AGUSTINA VALENZUELA TORRES
- 10 Los perfiles del dolor | ALEYDA ROJO
- 12 La revuelta de Dios (1957) / *Revolt of God* (1957) | ÓSCAR PAÚL CASTRO/FOROUGH FARROKHZAD
- 14 David Toscana como escritor del norte | JORGE CHAVARÍN
- 15 Un poema | ARNULFO VALDEZ OLETA
- 16 La maquillista | MARÍA JULIA HIDALGO
- 17 Yo no soy Julieta | TANIA PLATA
- 18 Otra de contrabando y traición | HUMBERTO FÉLIX BERUMEN
- 20 El fresno solitario | JULIO REYES ZATARÁIN
- 21 Pesadilla de anoche | JULIO CÉSAR FÉLIX
- 22 No es lo que pensabas | SAÚL VALDEZ
- 23 Los amaneceres en el Cortés siempre son azules | JULIO CÉSAR FÉLIX
- 24 Jorge Humberto Chávez, La realidad sangra desde adentro | JOSÉ ÁNGEL LEYVA
- 26 Toda la poesía | JORGE ORTEGA
- 27 Sonata del diente hincado | ISABEL HION
- 28 El elegido (fragmentos) | ERNESTINA YÉPIZ
- 31 La pena | RUBÉN RIVERA
- 32 De los griegos y Jim Morrison | FIDEL IBARRA LÓPEZ
- 34 *Islands/Islas* | DEREK WALCOTT/ÓSCAR PAÚL CASTRO



CY RENDÓN. Artista mazatleco. Diseñador por parte del Instituto Nacional de Bellas Artes, su actividad se ha concentrado, principalmente, en la gráfica, sobre todo la ilustración. Ha colaborado en proyectos para CONAFE, Laboratorio de Arte Alameda (UNAM) y Museo Universitario del Chopo (UNAM). Asimismo, su trabajo ha ido seleccionado por la FILIJ. Actualmente es diseñador independiente y tiene interés especial por proyectos de contenido social.

PRESENTACIÓN

En este décimo cuarto número de su publicación, sin perder el rumbo, el ritmo y la fe, TIMONEL se mantiene como un espacio para el ejercicio de la poesía, la narrativa, el ensayo, la traducción y la crítica literaria; en sus páginas convergen las diferentes expresiones de la literatura que actualmente se escribe en Sinaloa y en el noroeste de México, sin dejar de lado el hecho de que, frecuentemente, colaboran con nosotros escritores de otras regiones del país e incluso de otros países.

En esta ocasión TIMONEL reúne y hace converger entre sus páginas a experimentados ensayistas como Moisés Elías Fuentes, quien nos hace reconocer que, a doscientos años de su muerte, Donatien Alphonso Francois de Sade, el autor de *Justine o los infortunios de la virtud*, *Juliette*, *La filosofía del tocador* y *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, puede sorprendernos todavía con su escritura. Leer al marqués de Sade es adentrarse y transitar por territorios no totalmente develados.

Así también, en lo que se refiere al ensayo, Jorge Iván Chavarín, joven escritor sinaloense y ensayista en ciernes, nos obsequia un puntual texto en torno a la narrativa del regiomontano David Toscana, autor de *Santa María del Circo*, *El último lector*, *Los puentes de Königsber* y *La ciudad que el diablo se llevo*, entre otros títulos. Y si de escritores del norte se trata, Humberto Félix Berumen, desde Tijuana, nos ofrece «Otra de contrabando y traición», una fina reseña sobre la novela *Prosa lavada*, del escritor sonoreño Julio César Pérez Cruz.

Está a la vista que en TIMONEL apostamos también por las nuevas voces de la narrativa y la poesía, muestra de ello es «La tierra de los sueños», cuento-poema, con el que Noel Martínez se nos revela como el poeta y narrador que puede llegar a ser. De igual forma publicamos «Fresno solitario», de Julio Reyes Zataráin; y «No es lo que pensabas», de Saúl Valdez, jóvenes narradores mazatlecos. Sin dejar de lado a escritoras como Aleyda Rojo y Agustina Valenzuela, figuras ya conocidas de la narrativa sinaloense.

Asimismo, en lo que a poesía se refiere, en la presente edición podemos leer un ensayo de Jorge Ortega, en torno a la figura de la poeta y traductora Pura López Colomé, quien ha traducido al español a Rilke, William Carlos Williams, Hilda Doolittle, Seamus Heaney, entre otros. José Ángel Leyva, por su parte, escribe sobre *Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto*, de Jorge Humberto Chávez, Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, 2013. Y Óscar Paúl Castro nos obsequia un par de las esplendidas traducciones a las que ya nos tiene acostumbrados, en esta ocasión traduce a Forough Farrokhzad y Derek Walcott.

Con el deseo de que disfruten la lectura de TIMONEL
Cordialmente

María Luisa Miranda Monreal
DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO SINALOENSE DE CULTURA



MARIO LÓPEZ VALDEZ | Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

FRANCISCO FRÍAS CASTRO | Secretario de Educación Pública y Cultura

MARÍA LUISA MIRANDA MONREAL | Directora General del ISIC

ÉLMER MENDOZA | Director de Literatura y Publicaciones

ERNESTINA YÉPIZ | Jefa del Departamento Editorial

Consejo Editorial

JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ | ALEYDA ROJO | CLAUDIA BAÑUELOS | CARLOS MACIEL | DINA GRIJALVA

WENDY FÉLIX | Coeditora

JUAN ESMERIO NAVARRO | Corrección de textos

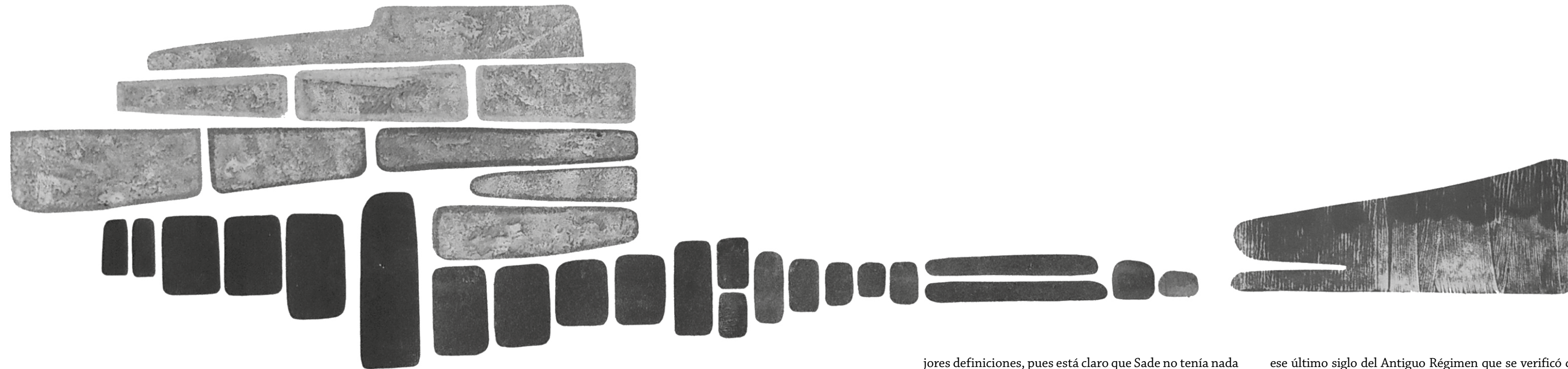
Página | Diseño Editorial



TIMONEL es una publicación trimestral del Instituto Sinaloense de Cultura y del Gobierno del estado de Sinaloa. Es de distribución gratuita y los contenidos que aquí se publican son responsabilidad de sus autores. Todos los derechos reservados, ninguna parte de esta publicación deberá reproducirse total o parcialmente sin citar la fuente.

Culiacán, Sinaloa, agosto de 2014.

Correspondencia y colaboraciones dirigirlas a revistatimonel@culturasingob.mx



Sade, nuestro (des)conocido

MOISÉS ELÍAS FUENTES

EL DOS DE DICIEMBRE DE 1814 FALLECIÓ DONATIEN ALPHONSE FRANCOIS DE SADE, EN EL MANICOMIO DE CHARENTON, EN EL QUE, A INSTANCIAS DE SU FAMILIA, FUE RECLUIDO BAJO EL DIAGNÓSTICO DE «DEMENCIA LIBERTINA», TODO ELLO LUEGO DEL ESCÁNDALO QUE SIGNIFICÓ LA PUBLICACIÓN DE LA NOVELA *JUSTINE*, LA QUE JUNTO A *JULIETTE* Y *LAS CIENTO VEINTE JORNADAS DE SODOMA* HA SIDO UNA DE LAS OBRAS QUE MÁS FAMA E INFAMIA LE HA DADO AL AUTOR. SETENTA Y CUATRO AÑOS ANTES, EL DOS DE JUNIO DE 1740, NACIÓ EN PARÍS EL VILIPENDIADO NOVELISTA, EN EL SENO DE UNA FAMILIA DE ALCURNIA FAVORECIDA POR EL ANTIGUO RÉGIMEN, DE AHÍ QUE EN SUS MEJORES MOMENTOS RECIBIERA EL APELATIVO DE MARQUÉS, EL MARQUÉS DE SADE.

En vida, a Sade se le conoció poco y se le leyó menos. Los protagonistas del mundo intelectual de la época, salvo algunos, lo juzgaron un depravado y un blasfemo, pero no un escritor verdadero. Fue a raíz de su fallecimiento que comenzaron a hacerse lecturas más justas de su obra, hasta llegar al siglo XX con la inteligente y aguda revisión que hicieron los escritores y artistas surrealistas de la obra del ya para entonces legendario marqués.

Sin embargo, aun hoy tenemos dificultades para leer a Sade sin los prejuicios que van del desprecio ante una obra solo capaz de provocar aversión y asco, según el sentir de algunos, a los reparos ante una obra caduca, superada por las fantasías desaforadas del *hard porno* y

sus derivaciones como el *bondage*, según la apreciación de otros. Y entre estos dos extremos que subrayan el desdén por la narrativa de Sade se cuela la no menos pernicioso devoción a su persona y su obra, la que insufla su narrativa y beatifica al marqués y lo considera mártir, pero que tampoco sirve para conocerlo, entenderlo en su humanidad simple y terrena, lo que paliaría el camino para comprender el alcance de sus escritos.

Se dice que fueron los surrealistas quienes le nombraron con el apelativo de «divino marqués», lo que a principios del siglo XX significó una provocación feroz, como ferozes solían ser los que formaban aquel movimiento, pero a estas alturas llamarlo así suena a carencia de me-

jores definiciones, pues está claro que Sade no tenía nada de divino, sino que era humano hasta la médula de los huesos. Sus pasiones y las de sus personajes obedecen a necesidades humanas, crudamente emocionales y carnales. Pasiones de deseos excitados, pero también de una psique exaltada por el anhelo de libertad absoluta, libertad que por demás no existe, no puede existir, porque su realización exige el sometimiento de los otros, su anulación como seres libres, lo que implica por necesidad la negación de la libertad.

Sade fue el primero en comprender la paradoja de la libertad que en teoría preconizaba, por lo que remarcó su carácter ilusorio a través de las descripciones hiperbólicas de situaciones y personajes. No es extraño por ello que en sus páginas aparezcan hombres y mujeres capaces de tener relaciones sexuales tumultuarias sin descanso, o de entregarse a sesiones de torturas interminables. La libertad del libertinaje, pareciera decirnos Sade por medio de la hipérbole, solo existe en la fantasía, donde queda bajo la férula de quien fantasea.

Pero también algo más: Sade insistía en la teoría histórico social de que la tragedia humana radicaba en que a lo largo de los siglos se habían erigido élites de privilegiados que convirtieron a los demás seres humanos en objeto de sus fantasías de poder, destructivas *per se*, utilizando por igual las leyes religiosas y las de los hombres para preservar sistemas de control que favorecieran la represión económica, intelectual, moral y física de las mayorías, a las que no se les permitía siquiera tener fantasías, a más de ser reducidas a una identidad numérica que rechaza cualquier atisbo de personalidad.

La tenencia del poder en manos de unos cuantos, quienes se encargaban de la impartición de las leyes y decidían sin restricciones por la vida de las mayorías, para Sade evidenciaba a las claras que los poderosos, los elegidos, los bendecidos habían monopolizado el derecho al placer y al dolor. La crueldad de las ejecuciones públicas, aplicadas solo a los pobres, simbolizaba en forma implacable tal usurpación.

El siglo XVIII francés, el de las Luces, padeció en pleno la dicotomía entre privilegio y subyugación. Fue durante

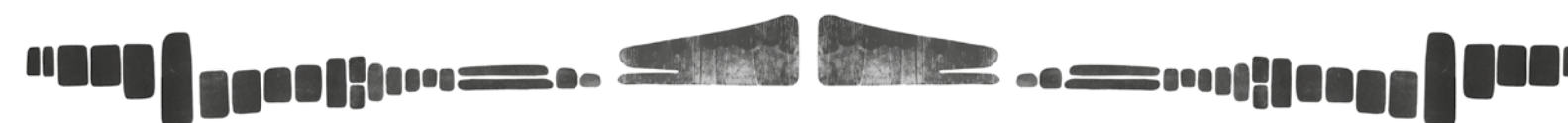
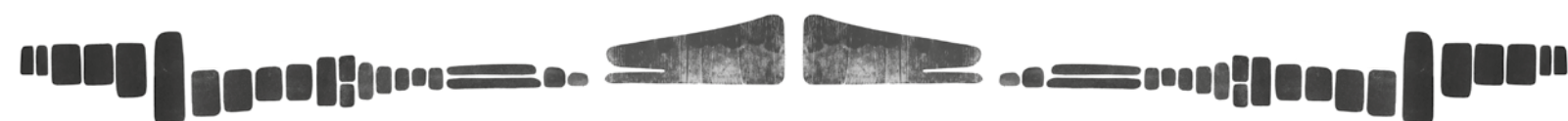
ese último siglo del Antiguo Régimen que se verificó con mayor audacia la escritura de narrativa erótica, según indica Robert Darnton, especialista en dicho período. Una característica distintiva de buena parte de tal narrativa, explica, estribó en que las mujeres accedían al despertar intelectual después de tener relaciones sexuales. Al descubrir su erotismo, las protagonistas de estas aventuras descubrían el potencial del conocimiento, lo que las conducía a vislumbrar su liberación de la opresión masculina.¹

En tales novelas, aun con sus limitaciones, se advierte la rebelión del pensamiento que condujo a la Revolución de 1789. A tal rebelión Sade opuso un reparo: el mayor afrodisíaco que existe es el poder. En esta aseveración se condensa el escollo que obstruye el paso hacia la libertad colectiva, según Sade. Antes de llevar a efecto los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, los revolucionarios debían confrontar el afrodisíaco del poder, lo que supone la ausencia de erotismo, pues el poder absoluto coacciona, no comunica.

Esto en cuanto al poder social. Pero Sade no es solo un animal político, por más que la política ocupara sus reflexiones de modo notorio, sino que fue un asiduo de la filosofía, adepto de Voltaire, Rousseau y Diderot, entre muchos. Su interés filosófico se centró en la naturaleza humana y la relación no siempre tersa entre individuo y sociedad. Los escándalos sexuales que protagonizó él mismo y los desafíos que planteó a las convenciones morales del Antiguo Régimen, convenciones por demás hipócritas y acomodaticias, motivaron una y otra vez su reclusión en cárceles y manicomios, toda vez que la moral podía convivir con sus contradicciones, pero no verlas de frente.

Por medio de novelas como *Justine o los infortunios de la virtud* y su doble y complemento *Juliette o las*

¹ De los varios y notables libros de Darnton, en lo personal recomiendo *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003, y *El coloquio de los lectores*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003, pues en ambos el estudioso estadounidense revisa con claridad la evolución de la literatura erótica en dicho período.



prosperidades del vicio Sade obligó a la sociedad a observarse con sus excrescencias y deformidades, la empujó a no ser hipócrita y aceptarse tal cual era, la expuso y se expuso a sí mismo. De hecho estas novelas fueron quizás las que con mayor precisión desplegaron el aspecto toral de su pensamiento. Digo quizás, y lo reitero, porque debemos tener presente que el autor dieciochesco escribió una enorme cantidad de novelas, cuentos, viñetas y ensayos en que vertió divagaciones y disquisiciones.²

En este díptico de la virtud y el vicio, tengo para mí, Sade desarrolló en su totalidad las meditaciones que había cavilado sobre el libre albedrío del ser humano y la difícil concordancia con el orden colectivo, que requiere para su concreción la renuncia parcial o total al susodicho albedrío. En las primeras páginas de *Juliette* la protagonista recibe de la abadesa Delbéne, quien la inicia en el lesbianismo, la lección de que lo natural es la desnudez de los cuerpos, por lo cual hombres y mujeres no deben avergonzarse por su sexualidad, porque somos en esencia animales sexuales.

Entregadas a vidas radicalmente opuestas, Justine aferrada a la castidad como cumbre de la virtud femenina, Juliette entregada al libertinaje como máxima expresión del vicio, no puede decirse que ninguna haya alcanzado el conocimiento, sino la experiencia de los apetitos sexuales devenidos en alegorías de los apetitos de poder. Al contrario de la literatura erótica a la que hace referencia Darnton, en Sade el conocimiento solo llega con la reflexión que nace de observar y sobrevivir a los excesos.

Frente a ese brutal panorama de cuerpos mutilados, violados, torturados, nulificados, surgen las cavilaciones sobre la existencia y la soledad inherente a todos los seres humanos. Justine se halla tan sola en su cruzada por la virtud, como sola se halla Juliette ante los interminables excesos que permite el poder. La víctima y el victimario son las dos caras de una moneda, la imposibilidad de una escritura que redacta todas sus páginas en la misma página, el grito de dolor y el de placer confundidos en un ruido que termina por decir nada.

Ateo de palabra y de acto, Sade criticó el carácter absorbente y absolutista del cristianismo, que rechaza toda idea que no haya emergido de su propio ser. Pero a diferencia del emperador Juliano, el llamado Apóstata, quien también criticó el absolutismo cristiano, Sade no evocaba la religión pagana, sino que fue un severo enemigo de toda religión, pues veía en todas un lastre para la libertad física, intelectual y moral que él anhelaba.

² Aunque hay diversas ediciones en español de las dos novelas, son de destacarse las de Tusquets editores en su colección «La sonrisa vertical». *Justine o los infortunios de la virtud* fue publicada en 1994 y consta de 344 páginas, mientras que *Juliette o las prosperidades del vicio* se publicó en 2009 y cuenta con 967 páginas, notable diferencia de páginas con la otra novela, lo que revela el interés que Sade tenía en el libertinaje.

Cuando en 1975 el cineasta italiano Pier Paolo Pasolini adaptó la novela de Sade *Las ciento veinte jornadas de Sodoma* al cine con el título de *Saló o los ciento veinte días de Sodoma*³, los militantes de izquierda denostaron el filme diciendo que retrataba a la clase trabajadora como una masa inerme, desmañada y sin valor para defenderse de la crueldad de los opresores. Los derechistas a su vez la atacaron con el argumento de que Pasolini al exhibir como monstruos a los poderosos, apoloizaba el desorden y la sinrazón.

Nadie quiso ver en el filme del célebre cineasta la denuncia veraz y desesperada de que quienes ostentan el poder político y económico pueden transgredir leyes y valores y cometer crueldades inenarrables, si no se limitan sus funciones y si la sociedad civil no está atenta a la observancia de las leyes y de que se respete al individuo y a la colectividad. No otra fue la intención de Pasolini al crear una obra tan decididamente violenta e inhumana.

Las ciento veinte jornadas de Sodoma es una de las obras capitales de Sade, no tanto por su perfección técnica, pues es una obra deshilvanada, llena de pasajes farragosos, a ratos más bien un catálogo o una enumeración que una novela, en otros más parecida al cuaderno de apuntes que a una obra narrativa acabada. Si ese extraño y perturbador libro ha obtenido por méritos propios la categoría de obra literaria ha sido porque manifiesta las ideas de Sade acerca del monopolio del placer y el dolor que practican los poderosos sobre el común de los seres humanos, pero sobre todo cómo el ejercicio arbitrario del poder pervierte a este en una entidad antropófaga, lo que corroe la moral y el intelecto.

Al desatarse el crimen y el odio, solo se alimentan de más crímenes y más odios. De tal forma entendió Pasolini el mensaje de Sade, a pesar de que el propio marqués, posiblemente, no habría estado muy de acuerdo, dada su tendencia a la provocación y a la iconoclasia. Esto lo debemos entender, antes que pedirle a Sade una postura moral equilibrada que no estaba dispuesto a adoptar o una congruencia de valores que poco tenía en común con las exuberancias del libertinaje. Tal vez siguiendo el método de Pasolini, podamos dialogar mejor con ese hombre que murió un dos de diciembre de 1814, caótico, virulento y ofuscado, y por lo mismo el más apto para advertirnos sobre nuestra humana y peligrosa inclinación a la desproporción y el despropósito. ☼

³ El título hace alusión a la República Social Fascista de Saló, creada por Benito Mussolini en 1943, ante la presencia de las tropas aliadas en el sur de Italia. En este refugio del fascismo se cometieron todo tipo de excesos contra la población civil.

MOISÉS ELÍAS FUENTES. Poeta y ensayista. Crítico literario en revistas y suplementos culturales de México, Nicaragua y España.



NOEL MARTÍNEZ

La tierra de los sueños

Ha sucedido en la Tierra un extraño fenómeno: los sueños se han apoderado del día, la gente ya no sueña dormida, sueña despierta y los sueños de unos se mezclan con los sueños de otros.

La Tierra como era, ha colapsado; la sustancia rígida que la regía se ha retraído y en su lugar ha tomado parte una sustancia elástica; la Tierra ya no es redonda, cambia de forma a cada giro y todo lo que en ella existe actúa de manera análoga.

Cada persona cambia a cada momento de personaje. Nadie es nada. A cada momento uno puede volverse el otro. No hay límites. Lo que se piensa o se desea, al momento aparece de forma tangible, se puede tocar lo imaginado en el instante en que se imagina. Todo esto interactuando en la vida ordinaria de las personas o lo que antes se le llamaba personas.

La Tierra ya no está determinada por la actividad solar; la Tierra afecta la actividad solar y la de los demás planetas; su influencia se extiende más allá del sistema solar, afecta a todo el vecindario galáctico.

En los sueños de la gente que duerme en algún otro rincón del universo, donde la vida actúa con su particular normalidad, la gente sueña y viaja soñando a lo que alguna vez fue la Tierra.

Alguien en algún mundo despierta: abre los ojos, se levanta de la cama trastabillando, prepara una taza de café; mientras que, aún somnoliento, recuerda vagos fragmentos de su estancia en la tierra de sus sueños. ☼

La boda de Vladimir Niev

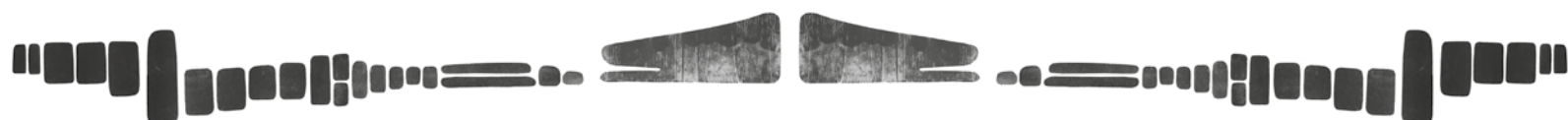
Un amigo muy cercano, pero al mismo tiempo muy lejano, regresó de un largo viaje. Vladimir Niev, persona noble y acaudalada, además de excéntrica, conoció a una hermosa plebeya. No obstante las diferencias de su condición social decidieron casarse a reproche de la familia de él.

Al fin se llevó a cabo la boda, para sorpresa de todos dentro de un edificio en obra negra, en los suburbios de la ciudad, en torno a un baldío. El lugar no era más grande que un baño de cantina y no menos lujoso. Con el asombro y la indignación de la concurrencia, por cierto vasta, todo mundo pensaba que se les estaba gastando una mala broma, pero accedieron a entrar en la pocilga de aquel tugurio. Para el asombro del que cruzaba aquel umbral, se encontraba adentro un palacio de ensueño, cada uno como mejor podía imaginarlo.

En cuanto al menú, era de lo más variado, dependiendo de cada uno de los gustos de los comensales, la música corría con igual suerte a gusto de cada quien; lo mismo la decoración. Todo de acuerdo con los gustos de cada persona. Por lo que la concurrencia estaba más que fascinada.

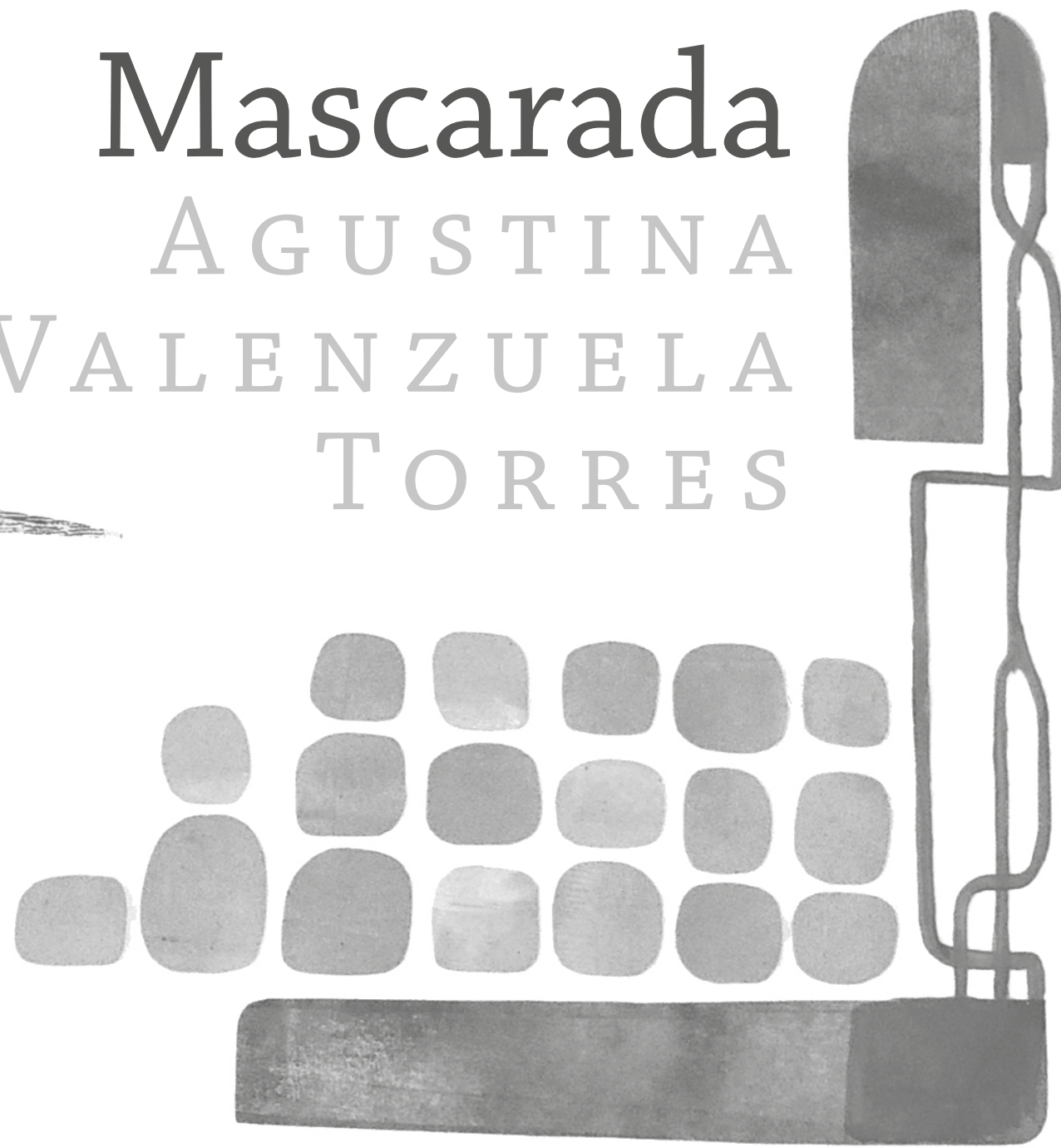
Yo estaba ahí a gusto propio, disfrutando en la fiesta con la concurrencia maravillada, pero pude ver detrás de la ilusión que todos estábamos apilados como cerillos inmóviles en una caja. ☼

NOEL MARTÍNEZ. Es licenciado en Filosofía, narrador y poeta.



Mascarada

AGUSTINA
VALENZUELA
TORRES



En los sueños nunca se sabe qué pasa; en la vida real tampoco. Después de un denso viaje retorné a casa, donde encontré un atípico ambiente: dos de mis hermanas y mi hermano mayor me saludaron sin el menor entusiasmo, me veían de soslayo eludiendo mis preguntas. ¿Y mamá, dónde está?, No está en casa, respondió Armida. Era inusual, pues ella jamás fue mujer que le gustara andar de visita con amigas ni vecinas. Empecé a sospechar: ¿enfermaría? Debía de ser bastante grave como para ausentarse, quizá permanecería hospitalizada. En el espacio se sentía la ausencia de papá, hacía poco se había marchado definitivamente y desde entonces yo me sentía perdida. Al regresar, las paredes gritaban ese silencio. Me aturdieron. Me llevé las manos a las sienes. Me quedé pensando en la posibilidad de que mamá hubiera muerto de tiricia durante mi ausencia y nadie se dignara a avisarme. Cómo reaccionaría si sus palabras corroboraran mi presentimiento. Sacudí la cabeza para ver si se caían esas negras ideas.

Me dirigí a la recámara, mía por muchos años, me reconsté con los ojos abiertos. Leonor vigilaba mis acciones, ¿Quieres comer un plato de sopa?, debes de venir cansada y hambrienta, Prefiero descansar un rato. Así me quedé dándole vueltas a las mismas ideas como si flore-

cieran ramilletes de rosas negras. Mi hermana se atrevió a decir, Despreocúpate, Hermelinda cuida de ella. Quiso reprocharle, Si es casi una niña, ¿por qué la dejaron ir solo con ella, por qué no se fueron ustedes también?, consideré sumamente sospechoso que todos permanecieran bajo el mismo techo, excepto las susodichas. Mi intuición me gritaba que una tragedia sucedía o tal vez ya había acontecido. Me llamaron la atención sus vestimentas oscuras a pesar de la recomendación de mi padre de no guardar luto; velaban un misterio. Veía a mis hermanas conteniendo sus ojos, frenando las palabras; me daba cuenta a pesar del aturdimiento que me provocaban las medicinas. Mi hermana mayor me trajo un té de tila tibio; me repuse un poco. Titubeando dijo, Mamá se fue. Esas palabras no encontraron una recepción lógica, Cómo que se fue, explícate. Escogía las palabras para terminar de darme la noticia; empecé a enervarme, Huyó, se fue con alguien, terminó diciendo. Imposible dar crédito a las palabras, imposible, si mi padre aún no cumplía el novenario, aún su espíritu rondaba por ahí en esos primeros días de ausencia, cómo era posible ofender su memoria con una acción tan vil. Entonces seguramente lo engañaba desde mucho antes y solo esperaba su partida para renovarse, pero quién era esa persona. Jamás

vi nada sospechoso o fuera de lo normal. Mi coraje viró hacia todos los amigos de mi padre, seguramente uno de ellos le veía la cara desde años atrás, no lo toleraba, menos aceptaría que mi madre perfecta se hubiera marchado intempestivamente. Mis sospechas empezaron a recaer en el compadre Joaquín, quien bautizó a Linda y desde entonces se convirtió en un asiduo visitante de la familia, pero nadie sospecharía de él porque siempre se hacía acompañar de Magnolia; formaban una pareja ejemplar. Nunca descubrí miradas furtivas, pero por qué iba tanto a visitarnos. Don Joaquín siempre tenía una conversación interesante con papá y ahora que había faltado se comportó a la altura: proporcionó café para la velada, un menudo completo para ofrecer a los dolientes. Por su parte Magnolia cortó un ramo de flores de su propio jardín, obelisco, dalias, margaritas, era el más atractivo por oloroso.

Recapitulaba y concluía: donde se sospecha menos es donde está el culpable. Sopesaba las palabras, las acciones y las miradas de don Joaquín, aparentaba tanta inocencia, platicando de tractores, de motores, de cilindros, de llantas, de precios, de siembras, de plagas, mientras mamá conversaba con su comadre de los hijos, de enfermedades, sin dejar escapar los chismecillos recientes de los vecinos. Eran tan amigas, tan comadres, nunca la creí capaz de transgredir a la familia, a la nuestra y a la de ellos. ¿Se había atrevido a traicionar la confianza?

Aún desconocía lo sucedido, Armida no terminaba de informarme, pero mis cavilaciones me tenían en revolución, al borde de una segunda locura, intentaba completar el rompecabezas. En el velorio desfilaron los amigos de papá y de la familia, algunos dieron el pésame acompañado de un abrazo, otros solo extendieron su mano, tocaron su hombro en señal de respeto; recuerdo en especial al ex novio de mi hermana mayor, quien le dio un abrazo prolongado, al que ella respondió llorando largo rato en su hombro, hasta que mi tía llegó para ayudarlo a sentarse de vuelta en el sillón. En ese momento supuse: quizá Sebastián tiene intenciones de volver con Armida, por eso es tan comprensivo, efusivo y cariñoso con la que podría ser su suegra, para que ella vuelva a considerarlo.

Qué habría sido de nosotras sin el apoyo de Magnolia, quien se mantuvo al tanto del cocimiento del menudo, de darle sazón y después servirlo.

Era inexplicable la desolación en la mirada de Armida, ¿sería Sebastián quien se atrevió a robar la tranquilidad

de mamá? Aunque ya tenía los cuarenta años, además de cinco hijos, se conservaba joven; usaba el pelo largo por capricho de mi padre y se le rizaba al dejarlo suelto. Una vez oí a Sebastián decir, Más que madre e hija pasan como hermanas. Ese era un piropo directo al corazón, un piropo directo a perturbarla.

Me negué a escuchar, luchaba con los fantasmas, quienes trataban de robar el alma frágil de mi madre. Mi hermano llegó y me conminó a ir a la sala, donde alguien me esperaba. Me emocioné, probablemente todo cuanto había imaginado eran puras tonterías, efecto de la medicina.

Era ella quien me esperaba con la comadre Magnolia y Linda, saludé a las tres con un abrazo y un apretón de manos, la primera pregunta fue, ¿Dónde estaba?, De eso debemos hablar. No pensé en ti cuando me fui, Pues qué pasa, Me fui..., Eso ya me lo han dicho, pero desconozco por qué ni con quién, dice usted que no pensó en mí, pero tampoco lo hizo en mis hermanos ni en mi padre, Tu padre ya murió, Sí, pero aún no termina de marcharse, apenas mañana termina su novenario, Por eso vine, O sea, ¿planea solo quedarse al rezo para después marcharse de nuevo?, Sí, perdona por no tenerte presente al sentir el arrebato de irme, Pero ya volvió, nosotras hacemos como si nada y volvemos a ser la familia normal, la de siempre, Ya no podrá ser, hija, porque me fui a vivir con Magnolia, ¿Qué dices? Así como ella se había despojado de la palabra comadre, así yo me había despojado del respeto profesado a ella. Había estallado mi corazón ante la caída de las caretas. Magnolia, continuó, Magdalena y yo hemos decidido irnos a formar una familia. El conjunto de esas palabras me había dejado aniquilada. La palabra comadre había sido la mascarada para su encuentro amoroso, para su enlace; ahora les había bastado la muerte sorpresiva de mi padre para darnos una sorpresa aún mayor: la confesión de su relación y la decisión de ya no ser comadres. Ahora ellas iban a formar una familia con la hija robada de mi padre, la pobre Linda, apenas una puberta, ignorante de la vida, a quien le tocaría aprender otras concepciones, aprender a ver las piedras y a dejarlas ahí tranquilas, porque de nada serviría arrojarlas. Para todos eso era peor que si se hubiera muerto. ☼

AGUSTINA VALENZUELA. Narradora. Autora de *Toco el violín para olvidar que soy mujer* y *La musa y sus caprichos*.



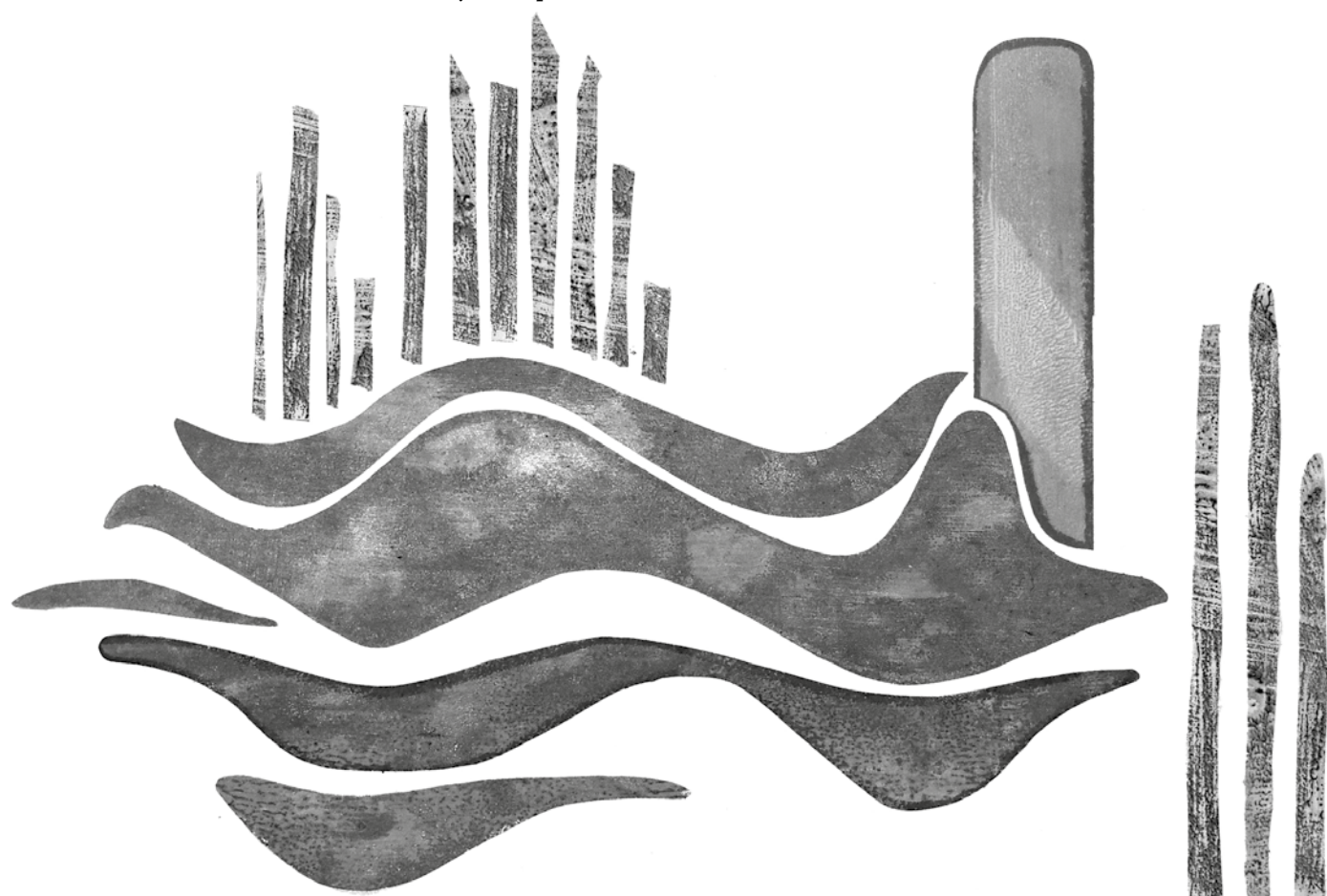
Los perfiles del dolor

ALEYDA ROJO

Tamara dejó de quererme. Me lo dijo mientras arrojaba al bote de basura las trusas de niño que le compré. De eso hace un mes. Toda una semana intenté manejar la situación con madurez, pero no puedo vivir sin olerla y en las noches, necesito abrazarme a su cuerpo infantil. Ella lo sabe y, para aumentar mi tormento, se encierra en el estudio. De nada valen mis súplicas, llanto y recados que le paso por debajo de la puerta. No te quiero, viejo malvado. Es lo único que repite. No te quiero. Cómo llegamos a esto. Cómo sucedió. Yo tenía cincuenta, una vida ordenada, noble, una mujer, dos hijos. Estabilidad. Cuando pienso en esa palabra me estremezco, como si se tratara de un sueño. Mi estabilidad terminó el día que Tamara llegó a mi casa. Era amiga de mi hijo. Le gustaba el rock, iba a ensayar, querían formar un grupo. Mi primera impresión fue que se trataba de un adolescente, de un amiguito de Israel. Cuando me la presentó quedé helado. No tenía nada femenino. Un cuerpecito angosto, sin formas: el cabello corto, las orejas sin perforaciones,

el cutis deslavado. A los veinte, una mujer quiere lucir como mujer. Tamara, a esa edad, no solo carecía de feminidad, sino de malicia. No se le miraba por ninguna parte el deseo de crecer. Le pregunté a Israel si estaba enamorado de ella: claro que no, papá. Tamara no se le antoja a nadie. Lo único bueno de ella es su voz. Canta encabronada, como una fiera. Un día será muy famosa. Ensayaban en el patio. La escuché cantar. Baladas. Cómo podía darle cabida a esa voz en un pecho tan estrecho, no lo sé. En efecto, era una voz enojada. Bajo su tesitura otros significados se revelaban.

La quise desde entonces. Solo para mí. Aprovechándome de la confianza de mi hijo, extraje de su correo la cuenta de Tamara. Le envié mensajes haciéndome pasar por un admirador. Por un ingeniero de sonido, interesado en grabarle un demo. Preparé el escenario, preso de una febrilidad. Renté un departamento en una zona discreta. Adquirí varios artefactos: una mezcladora, micrófonos, cámara. La cité. Ah, ese día. Lo vivo todas las



veces que deseo sentirme joven. Abandoné la corbata ejecutiva y aburrida. Me puse jeans deslavados, camiseta negra. La calvicie fue descubierta con un rastrillo, ¿para qué me servían tres pelos desordenados? Y la esperé. Media hora. Al principio no me reconoció y cuando supo quién era, el seguro de la puerta estaba echado. No gritó, al contrario, se echó sobre un sofá de segunda que conseguí en el último momento. Era un niño. Sentado, con las piernas abiertas, aburrido. ¿Intentas violarme? Oh, no, querida; perdona mi falta de imaginación, solo quería conocerte, ser tu amigo. Y para eso me secuestras. No estaba seguro de que accedieras por las buenas. Fui aproximándome, hasta sentarme a su lado. Su cabello lacio, negro, olía a *shampoo* de durazno. Cuando Israel se entere, te odiará. Esa posibilidad no está contemplada. Cuéntame de ti, linda. Le acaricié la mejilla. Fue como encender un fogón. Tamara se lanzó sobre mí, besándome. Su deseo me paralizó, se vinieron abajo mis planes seductores. Entonces se burló. Su risa. Me humillaba. Me hacía sentir ridículo, débil. Un cazador infortunado. Un lobo sin dientes. Estaba introduciéndome en un tornado de autocompasión, que me llevaría al fracaso, así que me contuve.

Fui sobreponiéndome. Poco a poco. Sin ganas ya de hacerle algo. Solo observarla. Supongo que mi mirada aún estaba cargada de pena, porque fue ella quien se disculpó. Apreciaba de veras mi empeño, mi esfuerzo, se notaba que había trabajado duro para la cita, tanto aparato, tantas molestias por ella que no tenía nada más atractivo que la voz. No esperaba que fueras tú. En una lista de posibles seductores, jamás te habría considerado.

Estuve muy serio. Arrepentido de mi locura. Contemplé marcharme y dejarla allí, pero ella empezó a cantar. Me relajé. Me sentí aceptado y le platicué que de verdad se me antojaba grabarle un demo, el problema era que no sabía cómo. Los cables, los micrófonos, los aparatos de sonido; es más, cualquier aparato, me resulta un enigma. No es lo mismo organizar una clase sobre historia mundial para alumnos de ciencias sociales, que instalar una consola. Ella me auxilió y muy pronto estuvimos preparados para el concierto privado. Cantó tres de The Police: «Fields of Gold», «Roxanne», «Every breath you take»; declaró sentirse exhausta.

Se echó al sofá y extendió los brazos. Su camisa de franela cuadrada era muy similar a las que usaba Israel. La mochila dejada con descuido en el piso; tenis azul marino: las prendas de cualquier escuincle.

Todos los hombres deseamos alguna vez hacerle el amor a una niña.

Algunos cambiaríamos gustosos la niña por un niño. En Tamara estaban juntos. Los pechos casi planos, las caderas breves. La mirada y el gesto de quienes aún no

deciden por su sexualidad. Decidí por ella. La sodomice hasta hacerle creer que esa era la vía natural. Le compré trusas, bóxeres, camisas, boinas. La obligaba a disfrazarse para mí. Cuando se negaba, la dejaba sin comer dos días. La reconciliación era abrumadora. Debilitada por el ayuno ni se movía. La obligué a quererme como se obliga a los perros, a través del alimento. También me odiaba, pero no me afectaba, al contrario, cualquier sentimiento suyo era bienvenido, toda vez que el esclavo, la víctima, era yo. Era yo quien infligía el castigo y recibía el dolor. Sus lágrimas caían sobre mi alma como toneladas de escombros y me producían una incesante necesidad: los días en que no lograba arrancarle una gota, me sentía un pobre diablo. Ella, al notarlo, extraía fuerzas de su interior y apretaba las quijadas para no llorar, lastimando mi ya depauperada hombría.

Tamara es una muchacha de alma muy vieja.

Es mezquina.

Tiene en sus manos un látigo invisible que me deja caer sobre la carne viva, recordándose a cada instante, mi condición de pordiosero. Es necesario que, por lo menos, una vez cada día, yo le regrese ese dolor.

Estabilidad. Cuando pienso en esa palabra, escupo el suelo. De mi vida fue expulsada para siempre, porque mientras la tuve, fui un don nadie que contaba las horas faltantes para que terminara el día.

Sin Tamara no hubiese dejado de ser aquel profesor opaco que llevaba veinte años dictando la misma clase, con las mismas fichas y el mismo auto destartado. Y, dos polvos semanales a mi mujer, en estado catatónico, sin desvestirnos siquiera.

El viaje al revés que inicié con Tamara, me llevaría a una zona de peligro donde, por fin, logré conocerme.

Y, al saberme inválido, me dispuse a todo.

Me coloqué en el filo del precipicio.

Ya lo he pensado muchas veces.

Si me atrapan me envenenaré.

Llevo conmigo una buena ración de cianuro. Elegí cápsulas en lugar de balas, porque las armas son para salvajes y yo soy un intelectual. Y no se piense que tengo dudas sobre mi destino final, cualquier desenlace es mejor a participar en un mundo insípido y somnoliento, de seres despersonalizados que caminan como zombies.

Mi única angustia es ella.

Qué hacer con ella.

No estoy seguro si la he disfrutado lo suficiente.

Me preocupa haberla maltratado demasiado sin haber compartido su dolor. ☹

ALEYDA ROJO. Narradora. Premio de narrativa Enrique Peña Gutiérrez, 2014. Su libro más reciente es *Caballero dinosaurio*.

La revuelta de Dios (1957)

FOROUGH FARROKHZAD

Traducción de Óscar Paúl Castro

Si yo fuera Dios —cuando menos una noche— incitaría una revuelta contra el mundo.

En mi revolución los ángeles todos serían enviados a embestir el sol para ahogarlo en el horno de la noche.

Después, mandarí a mis esclavos terrestres a arrancar la luna —esa hoja muerta— del árbol de la oscuridad. Y eso sería apenas el comienzo!

En mitad de mi cólera, la mandíbula tensa alimentada por años de silencio, cerraré mi puño y aplastaré a todas las montañas.

Y entonces hartaré la boca insaciable de los mares, colmándola con la tierra y polvo de las altas cimas.

En mi angustia desharé las ataduras de las desoladas estrellas —encadenadas unas a otras, pero separadas y olvidadas— y estrellaré sus ardientes corazones contra las selvas de la Tierra.

Les encomendaré la misión de inocular su hirviente sangre de fuego en las frías venas de los árboles.

Me recostaré entonces para contemplar a la doncella dorada del fuego bailando, exaltada y libre, en mitad del espacio devastado que habitaban las selvas de la Tierra.

En mi dolor he de suspirar, y haré que las gentiles corrientes de aire de la noche lleven mi aliento a todos los ríos del planeta.

Y les evitaré la pena de tener que arrastrarse cada día y cada noche hasta el regazo frío y húmedo de la tierra.

Desde mi enojo mandaré que los sedientos ríos se alcen como serpientes hasta morder la árida multitud de nubes.

Desde mi repudio, ordenaré a la brisa construir un barco con la esencia de una rosa, para recorrer los cementerios del mundo.

Y abriré las tumbas, dejando libres a todas las almas miserables y perdidas, para que su materia suelta se vea de nuevo confinada y contenida en las fronteras de la carne.

Si yo fuera Dios, en mi indignación mandarí a los ángeles a fundir el Santo Grial en el fuego del Infierno y expulsaría de mi Paraíso a todos los entusiastas de la santidad.

Si yo fuera Dios en mi cansancio, en mi fatiga, dejaría mi trono y me tomaría un día de descanso como recompensa por mis buenas obras. Me daría el gusto de pasar una noche de pasión prohibida, de pecado, en compañía de los perversos, los olvidados, de un ángel caído! ☼

Revolt of God (1957)

FOROUGH FARROKHZAD

Traducción al inglés: Maryam Dilmaghani, 2012, Halifax

If I were God, at last, one night, I would revolt, revolt— against the wide world!

In my revolt, I would summon the angels, set them in charge— of drowning the sun- in the furnace of night.

And then, I would order my slaves on Earth— to cut off the dried leaf of moon— from the tree of darkness— to start, start!

In my wrath, with grinding teeth, of the years of silence, I would crush all the mountains— in my clenched fists.

And then, I would refill, I would seal— the greedy mouth of the seas— with the dust and dirt of the peaks.

In my anguish, I would unleash the lonely, desolate stars, chained together, forsaken, far apart, to drop their feverish heart— on the forests on Earth.

I would commission them to inject— the boiling blood of fire in the cold veins— of the trees!

And then, I would sit back to watch— the golden maiden of fire, fervently, freely dance— in the wide-open space of the tamed forests of Earth!

In my grief, I would sigh, sigh... And then, I would assign— the nightly wafts, to deliver my breath— to all the rivers on Earth.

Sparing them at last, from crawling day and night— on the cold and moist bosom— of the earthen ground.

In my annoyance, I would ask the rivers— to rise up, like thirsty snakes— and bite the barren crowd of the clouds.

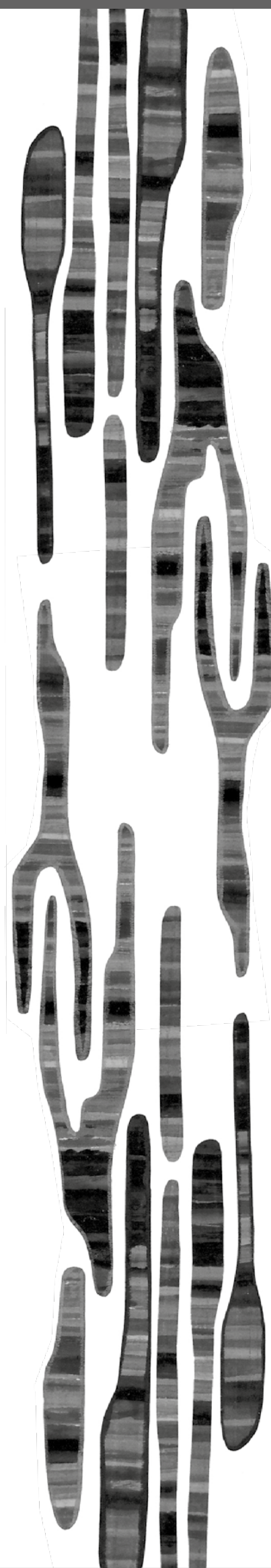
In my repugnance— I would order the breeze— to craft a sailboat made of the scent of rose— and ride me to all the graveyards.

And then, I would open all the tombs, and let all the lost, wretched souls on the loose— to be again contained, once more restrained, in the confines of flesh.

If I were God, In my indignation, I would command my angels to sink— the Holy Grail in Hell, and to expel— all the keen claimants of holiness— from my heavens!

If I were God, in my exhaustion, in my fatigue, I would vacate the throne for a leave of rest. And I would prize my deeds, I would please myself— with a night of forbidden passion, of sin— with the wicked, the forsaken, with The Fallen! ☼

ÓSCAR PAÚL CASTRO. Poeta y traductor. Su libro más reciente es *Puzzle*. Mantiene la página de Internet tra-diuttore.wordpress.com



مدرك يم دایرف یبش ار کئالم مدوب ادخ رک دنزاس اهر تملظ هروک رد ار یندیشروخ هکس	ندیزخّل بیو طرم یا هن یسی یورب یرمغ زا هتسخ دنزیر ورف بش نامسآ رات ببادرم لد رد
مدتفک یم مشخ یور ز ار ایند غاب نامناخ دنزاس ادخ اهبش هخاش زا ار هام درز کرب	رادبیت طش رب هک متفکی م برن ار اهداب دنزاس ناور ار اهلک خرس رطع تس مرس قروز
ش یوخی یایربک ها کراب یاه هدرپ رد بش همین تخیری یم ور و ریز ار ناهج مناشروخ مشخ هج رب	نادرکرس جور نارازه ات مدوشک یم ار اهروک دنزاس ناهن ار دوخ اهمسج راصح رد رکیدی راب
یشوماخ لاس نارازه زا دعب ما هتسخ یاهتسد تخیری یم ورف اهر ایرد زاب ناهد رد ار اهورک	مدرك يم دایرف یبش ار کئالم مدوب ادخ رک دنناشوبج خزود هروک نورد ار رشوک بآ
رادبیت رتخ نارازه یاب زا دنب مدوشک یم اهلکنج شوماخ کمر رد شتآ دوخ مدناشرفی	ار ناراکزیری هرب هلک فک رد هندنزوس لغشم دننار نورب نماد رتزنس تشهب ها کراب زا
داب شوروخ رت ات ا دود یاه هدرپ مدیری یم اهلکنج شوغآ رد تس م دصقرب شتآ رتخ	سی لیب رتس رب رد بش همین یی ادخ دهز زا هتسخ ار یهانپ متسج یم هزات یی ادخ بیشارس رد
یهاگن ابش داب ینوسفا ین رد مدی مد یم دنزیزخرب هنشوت یاهرام نوچ اهور ورتس رب ز ات	یندوادخ نیزج ات یاه رب رد مدیزک یم ار یهانک شوغآ دولآ درد و کبیرات تندل

David Toscana como escritor del norte

JORGE CHAVARÍN

Hace algunos años, para que la obra de algún autor pudiese ser tomada en cuenta en el plano nacional, este debía dejar su lugar de origen y emigrar al centro; de esta forma, no fueron pocos los escritores que se trasladaron al Distrito Federal: Gilberto Owen e Inés Arredondo, de Sinaloa, y Jorge Ibargüengoitia, de Guanajuato, por mencionar algunos casos representativos, y los que llegarían a obtener una reputación internacional. En la actualidad, esta situación ha cambiado, y la crítica literaria ha empezado a prestarle atención a escritores del norte del país —sin que sus exponentes tengan que emigrar—, quienes han retomado el espacio regional y las temáticas inherentes para formar un estilo nuevo, un arte que viene a diferenciarse del resto del país. La literatura mexicana del norte engendró una serie de escritores cuyas obras presentan rasgos en común, como la violencia, paisajes áridos o desérticos y espacios fronterizos.

El escritor regiomontano David Toscana se ha convertido sin duda alguna en un exponente de la literatura actual mexicana. Su primera publicación *Las bicicletas* (1992), si bien no se convirtió en una de sus principales obras, dejó ver su estilo humorístico, mismo que empleó en sus próximas publicaciones: *Estación Tula* (1995), *Historias del Lontananza* (1997) y *Santa María del Circo* (1998), las cuales lo llevaron a obtener una reputación internacional logrando formar parte del International Writers Program, en la Universidad de Iowa. Durante la primera década del dos mil se publicaron *Duelo por Miguel Pruneda* (2002), *El último lector* (2005) y *El ejército iluminado* (2006). Sus dos más recientes obras, *Los puentes de Königsberg* (2009) y *La ciudad que el diablo se llevó* (2012), dejan a un lado los espacios desérticos mexicanos y toman una visión eurocéntrica.

En este contexto, David Toscana ha sido reconocido como uno de los escritores más representativos del norte de México; es miembro fundador del grupo denominado El Panteón, del que nos da referencia Mauricio Carrera en su obra *Del Panteón al Beyond: nociones y tendencias de la nueva narrativa del norte* (2009). De acuerdo con este autor, el grupo estaba conformado por una serie de escritores regiomontanos: Eduardo Antonio Parra, David Toscana, Hugo Valdez y Ramón López Castro, quienes eligieron tal nombre como una broma al momento de discutir una serie de analogías referentes al significado de la palabra panteón. Las semejanzas entre los miembros del grupo —de acuerdo con Carrera— radicaba en el uso de tópicos propios del norte, tales como la imagen del desierto como espacio principal, la violencia velada, la influencia de Estados Unidos y la emigración, por

mencionar algunos; aunque cabe recalcar que cada autor emplea los tópicos anteriores de forma propia. Posteriormente surgieron otros escritores que se anexaron, donde podemos incluir a Élmer Mendoza y Cristina Rivera Garza.

Las temáticas mencionadas por Carrera son muy comunes en las obras literarias de David Toscana, siendo la imagen del desierto un espacio recurrente en su narrativa, pues es usada en casi todas sus obras (a excepción de *Los puentes de Königsberg* y *La ciudad que el diablo se llevó*, las cuales están situadas en Europa) y de hecho se convierte en un espacio primordial, pues a pesar de que las tramas se desarrollan en ciudades o pueblos, su presencia es muy notoria, recordándonos en cada momento la ubicación natural de las edificaciones urbanas; esto se logra por medio del constante uso de características físicas, como la arena, el calor, lo seco, así como psicológicos: la violencia, el fracaso, el patetismo, es decir, todo lo que configura al desierto como un lugar hostil y propenso a la desilusión, donde la vida termina y cuyas únicas salidas son la huida o la muerte.

Además, la presencia de Estados Unidos en la obra de Toscana tiene una connotación negativa, ya que los personajes odian todo aquello proveniente de dicho país: desde las empresas norteamericanas hasta los turistas; esta propensión es compartida por Eduardo Antonio Parra, quien cataloga negativamente al país vecino en varios de sus cuentos, presentando temáticas como el odio y el racismo. Sin embargo, en gran parte de las novelas de Toscana el odio a lo estadounidense tiene una justificación histórica: la pérdida de Texas, en el siglo XIX, por parte de México, siendo esta una llaga que los habitantes nortños no han podido superar; por ejemplo Matus, personaje principal en *El ejército iluminado*, saca a relucir la idea de que en ninguna parte del país se resintió tanto la pérdida de Nuevo México y Texas como en Nuevo León, y bajo ese argumento se lanza a la batalla contra los yanquis, sintiendo la responsabilidad como regiomontano por recuperar dichas tierras. De esta forma, Toscana justifica en su narrativa el génesis de la relación inestable de sus personajes con Estados Unidos debido a este hecho histórico referido.

Este juego de acción y reacción es lo que identifica el tratamiento de la frontera en la obra toscaniense sobre otros escritores nortños, ya que, mientras en otras obras existe una aceptación de los límites entre México y Estados Unidos, en su narrativa se continúa tomando a Texas como parte del territorio nacional, lo cual lleva a que los personajes actúen ya sea a través de simples co-

mentarios por parte de los borrachos que pisan la cantina El Lontananza, o por medio de Blasco y sus amigos en *Los puentes de Königsberg*, hasta levantamientos armados en *El ejército iluminado*.

Con el término de violencia velada, Carrera se refiere a que, a diferencia de muchos escritores de su región, Toscana no incurrió en una corriente realista populachera, en la que se dan explicaciones detalladas de los actos violentos; sino que, al contrario, el autor busca disfrazar la violencia en sus obras, y para ello selecciona espacios oscuros, como las cantinas, o las abandonadas vías del tren a altas horas de la noche, que están alejados de la sociedad, para desarrollar dichos actos sin redundar en descripciones; e incluso en varios casos omite la descripción de la muerte o del acto violento, mas no por ello hay una negación de la misma. Las muertes violentas, de hecho, vienen a ser un elemento en todas las novelas, pero son las consecuencias y el por qué de ellas el foco de atención, en lugar de una excesiva descripción que lleve al morbo.

Si bien nos hemos referido al tratamiento que Toscana hace de temas recurrentes en la literatura del norte, es necesario mencionar algunas características propias de su narrativa, tales como incluir la cantina El Lontananza en varias de sus obras; la incorporación de sí mismo como personaje, adquiriendo incluso un papel protagónico, como sucede en la novela *Estación Tula*; la presencia de su propia bibliografía en algunos de sus relatos, en los que algunos personajes la critican; asimismo, realiza saltos temporales sin un orden establecido y lleva a cabo una configuración de la ciudad de Monterrey en diversas etapas históricas; pero sobre todo, y desde mi punto de vista, su rasgo más significativo —y principal engrane de esta investigación—, es el empleo del humor negro para efectuar una crítica social. ☺

JORGE CHAVARÍN. Licenciado en literatura. Ensayista y narrador.

ARNULFO VALDEZ OLETA

Freddy Mercury se sacude en la pantalla
Aquí estoy, aunque no me guste Queen
No lo sé, es algo que va más allá de su música
Es su dentadura + el bigote +
El pecho de oso + sus shorts entallados:
La fusión de pene y testículos sobre el lado siniestro
¿qué dirá Robert Plant sobre esto?
La pareja de enfrente me encandila con flashazos
Evidencia para el periódico global del instante
El tigre de al lado pide una margarita,
Un solitario un vaquero light
we are the champions, my friend
Campeón el de atrás que anda chupando una tutsi pop.
Yo, por desgracia, estoy aquí
Solo como el vaquero
Freddy Mercury ofreciéndome el culillo
Quizá apuntando con su brújula carnal
la cena de lo que fue su noche abierta
con el bigote que Mario Quintero perfeccionó,
Aquí, solo, Queen retozando desde las bocinas
Y no me voy
Me queda media botella todavía. ☺

ARNULFO VALDEZ OLETA. Estudiante de letras.





La maquillista

MARÍA JULIA HIDALGO

Un oficio, una profesión, eso quería mi madre para mí. Empecé con la única muñeca que tuve de niña. Además de cortarle el pelo y dejarla trasquilada como un mono llorón, disfrutaba jugar con su gesto inerte cada vez que una emoción cambiaba el mío. Cuando mis padres no estaban en casa, tomaba tierra y la batía con agua en una taza de juguete. Era más divertido cuando llovía porque tomaba el lodo fresco y de una vez empezaba con mi obra. Con el pincel de mi hermana me escondía debajo del catre y delineaba con cuidado los ojos rasgados de mi muñeca. Las mejillas también quedaban del color del barro. Pero me gustaba que los labios terminaran con un color lleno de vida.

En la escuela, las maestras notaron mi gusto por la brocha chica y me llamaban para ayudarles en festivales. De todas las celebraciones, el día de la primavera era el que yo más disfrutaba. Me alegraba pintar las caritas de abejas, conejos y flores. Mientras mis compañeros hablaban de ser enfermeras y bomberos, ellos me escuchaban decir que de grande yo sería maquillista. Se sorprendían de que quisiera dedicarme a pintar los rostros de los demás. Una vez mi maestra de quinto grado, intrigada, me preguntó por qué quería ser maquillista. Sin saber mucho, le respondí: Me gusta ver a los otros.

Mis padres tenían la esperanza de que mi destreza con las líneas y las formas, derivara en algo más productivo y decoroso; comenzaron a decirme que estudiaría arquitectura. Pero mi elección por los trazos y los colores no iba más allá de los semblantes humanos. A medida que fui creciendo tuve más clara mi inclinación y al terminar la preparatoria decidí no quedarme entre las paredes de un salón de belleza. Quería estar detrás de importantes bambalinas. Imaginé mi vida en los camerinos de bailarinas y artistas de teatro. Toda la magia y la fantasía de los colores los concentré en retocar los rostros de quienes salieran a escena a mostrarnos otras vidas.

No pasó mucho tiempo para estar donde soñé. Maquillé rostros de niños, ancianos, mujeres y hombres;

seres gordos, delgados, serios o sonrientes. Toqué caras de todo tipo y tuve frente a mis ojos semblantes insólitos y tiernos. Los artistas se relajaban al sentarse en mi banquillo y yo de inmediato reconocía sus expresiones. Imaginaba la historia de sus vidas y muchas veces, tras las largas sesiones de trabajo, confirmaba mis alucinaciones cuando me confiaban sus secretos. Cada vez que maquillaba niños, llegaba a mi mente el recuerdo de la muñeca que tuve de niña. Pensaba en lo feliz que me hacía dibujarle al final una sonrisa de color en su minúscula boquita.

Ahora de grande, los rostros con vida me habían mostrado otra cosa. Los ojos de las personas llegaron a resultarme lo más entrañable que poseían. Había miradas que por más color que les pusiera no había manera de esconderles la tristeza y ocultarles el hastío. La profesión que elegí de niña y a la que nadie le dio importancia, me daba ahora la misma felicidad que me dio debajo del catre de mi casa. Ahora, con el paso del tiempo, los incontables rostros pincelados me han hecho conocer la profundidad de la vida. Ninguno de ellos imagina lo transparente que resulta ante mis ojos. Al final, mi brocha termina de hacer sus secretas revelaciones.

Un día, no sé cómo ni qué, en un santiamén las calles se llenaron de balas y de humo. Al salir, caminé hacia la plaza y vi cuerpos ensangrentados. La gente enloquecida gritaba por los suyos. Caminé ensordecida sin saber lo sucedido. Mi cuerpo aturdido dio vueltas en silencio durante horas, o minutos. Paralizada, dejé caer mi peso entre los muertos. Allí estaba mi hijo tendido, con su boca puesta al cielo. Clavé mis ojos en los suyos, levanté su cabeza y vi en su blanco rostro el profundo arcoíris. Solo un color negro en mi vida. ☾

MARÍA JULIA HIDALGO. Periodista y narradora. Actualmente es columnista del periódico *Noroeste*.

Yo no soy Julieta

TANIA PLATA

Para Romeo Valentín

*Quién será esa infame que no deja que yo te ame,
si yo la encontrara le partiría esa cara.*
«BOLERO FALAZ», ATERCIOPELADOS

Te veo sorber del vaso, Coca Cola. Te digo que ella es linda, mientras el recuerdo de tu lengua humedece mis labios interiores. Pero miento, ella no es linda, es poco agraciada, realmente es fea. Pero eres mi amigo, ella es tu novia y yo no soy Julieta, así que para términos de esta velada: ella es linda, nosotros solo fuimos amigos (en realidad así fue, es y será) y esta cena es para que «no» quede duda de eso.

Ella regresa del baño, me sonríe y toma tu mano. Yo, la verdad, trato de no ser malvada pero no puedo. Utilizo las ventajas de ser bonita y bendecida, mi escote con sus tatuajes siempre hace chispear tu mirada lasciva detrás de las micras de esos lentes de chico intelectual. Ella te suelta la mano y corta su carne. Corto mi carne. Cortas tu carne. Silencio.

Ella recupera el aliento, me cuenta de sus viajes a España, de las trenzas que le hicieron los indígenas de un lugar innombrable, de que pronto irá a dar la vuelta por Alemania, Inglaterra y Holanda. Todo es fantástico. Ella y su cámara. Treinta y tantos años bien aprovechados. Sin gastar en una buena crema para desvanecer las marcas del acné de la adolescencia y haciéndose la hippy para justificar ser desalineada. Pero va con ella, va contigo. Tú tampoco te peinas. Pido otra cerveza, esta vez también una para ella y otra para ti. Sé que esto no es una competencia. Así que me ahorro mis aventuras, claro, no tan lejos, esas mismas que escribo y que nos llevaron a conocernos y por las cuales te auto-proclamaste mi *grupie*. Tres libros publicados y ya gozo de ti y de otros. Vuelvo a la plática, cuento puras anécdotas gracias de nosotros, es que no puedo dejar de ser mala, claro que me contengo del final de cada una de ellas, no es de amigas contar cómo la lengua del novio de la otra humedece perfectamente y encuentra el punto exacto del orgasmo de la otra. Aunque si fuéramos amigas, la acompañaría a comprar un sostén que la favoreciera.

Hablo de mi gato. Me gustan los gatos. De hecho, tú eres como un gato: tierno, curioso, con patitas suavécitas al acecho, dejas que una se contonee alrededor de ti y de pronto, sacas tus garritas que atrapan, entonces me convierto en tu presa. Eres seductor y un tanto mustio, como si fueras un gatito esponjoso con apetito de tigre. Pero, sí que me gustas. Sigo hablando de mi gato. No me importa verme nada intelectual ante una chica que no conoce un espejo, peine o simplemente el amor propio. No sé qué le encuentra de interesante a mi vida, si ella ha visto la mitad del mundo a través de su cámara y lo único que tenemos en común es verte desnudo atravesar tu departamento. Ja. No me río de su intento de chiste, me río de que somos algo así como hermanas de semen, de cama.

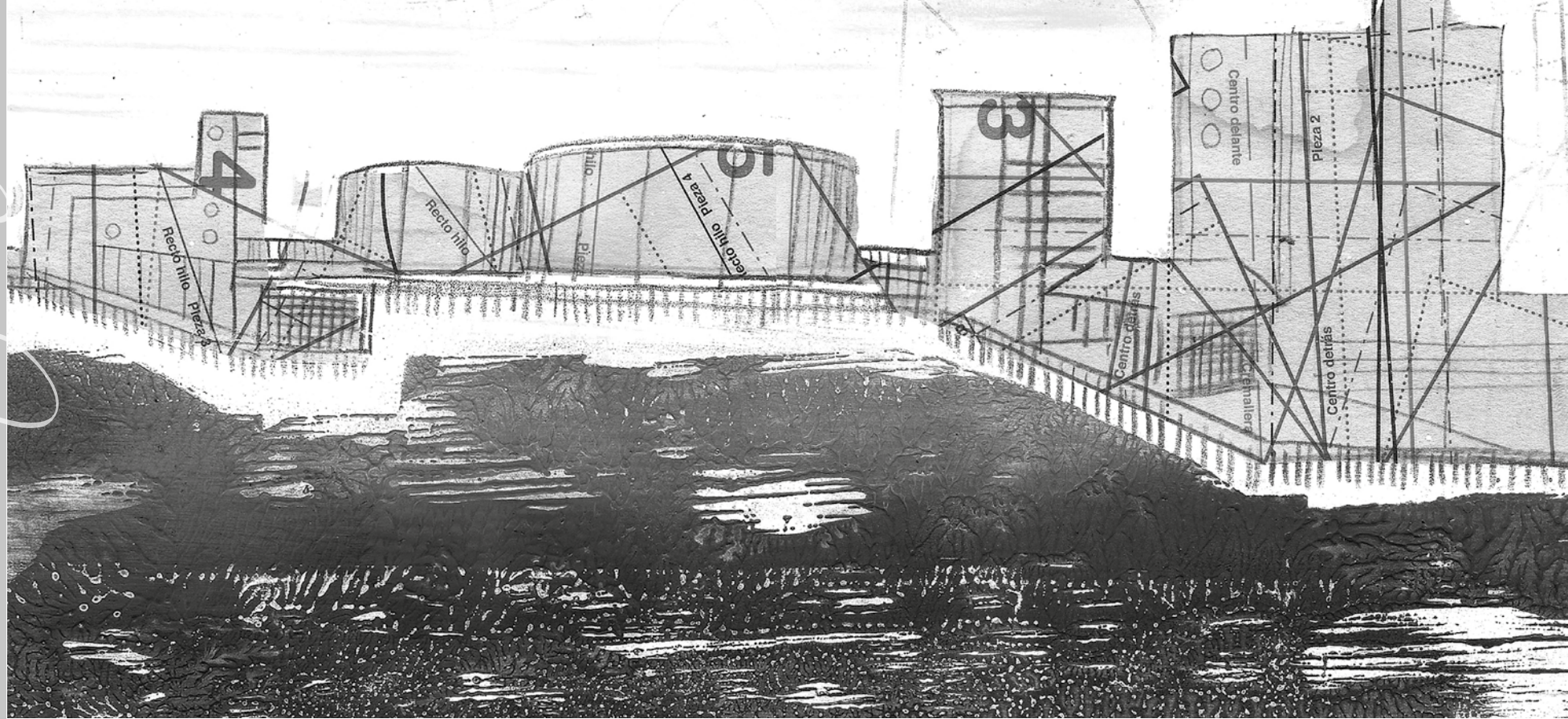
Soy una mujer ilustrada, llevo flores y mariposas por casi toda la piel y, ahora que no traigo la chaqueta de cuero, me levanto al tocador y dejo que todo el restaurante disfrute la tinta sobre mi cuerpo. Aunque no es una competencia, me siento muy aventajada. La discreción de mi cuerpo la dejaré junto con ese amor indefinido que siento por ti.

Me veo en el espejo, adoro mis lentes de *hipster*, acomodo mi cabello detrás de las orejas y pinto mis labios. ¿Por qué pedirme esta cena? ¿Por qué le hablaste tanto de mí si yo nunca fui tu Julieta? ¿Por qué andas con una fea? Me lastimas el ego, no sé, igual tiene linda el alma. Después de tu llamada, de ver su perfil en Facebook, sentí una pérdida. Porque ahora, ya no somos esa clase de amigos y tampoco sé qué demonios somos o qué hago aquí: tragando pedacitos de carne blanda, platicando de Alemania y de mi gato, haciéndonos pendejos los tres, bien que sabemos que somos un trío a destiempo. Primero fue ella, luego yo y de nuevo ella, otra vez yo, ahora ella y quién sabe después. La verdad podríamos ser un trío activo si ella no fuera tan fea. No puedo dejar de sentir esto. ¿Por qué ella? Y no, no son celos, te he visto ser coqueto con otras, me cuentas tus aventuras con las chiquillas practicantes, con las licenciadas, con la que se te ponga enfrente y me agrada ser tu cómplice, saber qué pasa en tu cama cuando no estoy, es excitante. Pero ella, ella en particular, me hace sentir menos hermosa, menos bonita. Me siento una más de las feas que pasaron por tu cama. Me tambaleo en mis zapatillas, como si el rojo no pudiera sostenerme más. Esto está mal, tú estás mal.

El postre. Fresas con crema. Ella te las da de comer en la boca. Se besan. Te incomodas, pero la abrazas. Qué lindo eres. Entonces vuelvo a mentirles y les digo que se ven muy bien juntos. Ella te sonríe y te besa otra vez. Solo falta que se pare y te mee como perro a un hidrante. Ya sé que eres de ella. Que se comporte la perra. Para esto es la cena, para que yo comprenda que son novios, que si te quiero o no, pues...

Dejo las fresas con crema para otra ocasión, verlas en sus bocas compartidas me provocó asco. Es que podré ser suave, pero no puedo ser blanda. Y prefiero la cereza del pastel, esa que ni siquiera planeé. Un tipo de la mesa del fondo nos invita otras cervezas, con dedicatoria a la señorita: yo. Volteas con esa indudable pose de celos de macho defendiendo a su hembra. La fea también voltea, después te mira, es que no es tonta, es fea y lo sabe todo: supongo que ha de gozar de esos nuevos trucos que intentamos juntos. Lo admito: te veo y ya te extraño, pero solo pretendes ser mi amigo y así está bien, así te amo. Agradezco las bebidas levantando coquetamente la botella. Ahora todo es perfecto. Aquí la linda soy yo. Aunque ella sea Julieta. ☾

TANIA PLATA. Narradora. Autora de *El desierto de Diana y otras chicas playboy*, *Soundtrack* y de *Malcriadas miniatura*.



Otra de contrabando y traición

HUMBERTO FÉLIX BERUMEN

Prosa lavada, Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras 2011, es la segunda y por ahora última novela de Julio César Pérez Cruz (Ciudad Obregón, 1982). Confirma cuanto habíamos comentado con relación a *Dany Tanimura*, su primer y anterior novela. Como esta, *Prosa lavada* tiene un mundo bastante acotado, un mundo sórdido, de bajos fondos y crueldad extrema. Escrita también en una prosa dura, sin eufemismos y con un narrador que a ratos pareciera regodearse en las escenas más crudas y violentas posibles. Narcotráfico, consumo de enervantes, pugnas por el control de algunas zonas de la ciudad, ajustes de cuentas, traiciones, cobro por deudas de juego, muertes por venganza, complementan la atmósfera del mundo narrado. En el centro de todo está la pugna por el control del poder y sus efímeros placeres. El escenario es Tijuana.

Sin hacer plena justicia, ni en cuanto a la complejidad ni sobre la riqueza de los recursos empleados, podemos resumir el argumento principal recurriendo a una simple y bien conocida fórmula, lo mismo presente en los narcocorridos que en la narrativa interesada en esos temas: contrabando y traición. Así, Maidana asesina al padre para hacerse del poder que alguna vez fuera suyo, lo que a su vez desencadena una lucha entre dos grupos de narcotrafican-

tes. Las rivalidades son tanto por los métodos para ejercerlo como para apoderarse del control de la venta de estupefacientes. Como consecuencia la violencia deviene en ambiente cotidiano y cada personaje, cual más cual menos, resulta un ejemplo de crueldad inaudita. Las escenas de violencia, gratuitas en buena parte, integran el ambiente en el que se mueven los personajes. A su manera cada uno va encontrando la muerte a manos de los demás, pues nadie se salva en el vértigo de una historia que irá creciendo en intensidad pero también en la violencia.

¿Otra narconovela más? No necesariamente. Aunque comparte algunos de los elementos señalados como característicos del subgénero que mucho tiene de moda editorial, la propuesta narrativa de Julio César discurre por caminos que a menudo se entrecruzan pero logran mantener su propio perfil. Incluso si las semejanzas son muchas y la línea de separación es bastante tenue, cabe recordar que no toda novela sobre violencia, narcotráfico y en la frontera puede catalogarse como tal; tampoco que toda novela de la frontera tiene como asunto el narcotráfico. Sobre todo cuando en esa novela se persigue, como es el caso, ofrecer un relato de mayor relieve, no atendiéndose al interés de su puro argumento sino empleando recursos técnicos que no

son los de un realismo superficial y de escasa trascendencia. Tal como sucede en la novela que venimos comentando. Convertido en mero cliché, la noción de narconovela o narcoliteratura no ayuda a comprender otras propuestas narrativas.

La trama —la parte intelectual del trabajo narrativo— es sin duda de lo más interesante. Lo que en principio parece un relato desorganizado y confuso, con varios fragmentos sin aparente relación, como si se tratara solo de evitar el relato lineal, la narración va dando un giro paulatino y poco a poco vamos descubriendo las relaciones que subyacen entre los distintos fragmentos. Como en un rompecabezas, cada referencia comienza a ir embonando una con otra y esta con las demás. Advertimos que nada es casual y que los indicios, libremente diseminados, van cobrando también su verdadero sentido. Como consecuencia, lo que era una madeja de hilos bastante enredados se desenreda al final de la historia. Justo entonces descubrimos que nada era fortuito y que la narración avanzaba entreverando, cuidadosamente, varias líneas del argumento.

El nudo se desenreda cuando descubrimos que el choque de automóviles de la escena final, aunque referido en múltiples ocasiones, tenía mayor importancia de la que parecía al principio. Descubrimos también la intención que hay detrás de las entrevistas a varios de los testigos del accidente. Descubrimos, otro dato más, que con ese material uno de los personajes intentaba escribir una novela con la cual, ingenuamente, cree poder hacerse rico. Las entrevistas lo llevan a ser capturado por la policía y luego torturado con saña. Sale libre por la presión de Derechos Humanos, pero una editorial le ofrece un contrato por la supuesta novela, aunque es muy probable que solo lo haga por la fama de su arresto. El relato deja entrever la posibilidad de que haya sido reescrita.

Cabe entonces la posibilidad de que los distintos fragmentos que leemos correspondan en realidad a la novela que ese personaje anónimo pretendía escribir. Cuando menos estamos seguros que las entrevistas y las notas que leemos son el resultado de su trabajo y de nadie más. Sabemos también que a falta de otras personas a quienes entrevistar se da a la tarea de ir inventando. Así lo hace saber: «Me convencí de que debía inventar algunas historias. En alguna parte del libro pondría el porqué de la mentira». No llegaremos a comprobarlo pero en el misterio de saber cuánto es verdad y cuánto mentira radica parte del interés de seguir adelante con la lectura.

Como quiera que sea la novela que nosotros leemos está dividida en dos partes, cada una subdividida en varios fragmentos a la vez. Varios son también los personajes y varios asimismo los narradores, entre narradores en primera y tercera persona. La alternancia de unos y otros le confiere a la narración una mayor complejidad, evitando con ello la monotonía en cuanto a la presentación de los acontecimientos. De igual manera los diferentes puntos de vista ofrecen distintas posibilidades de acercamiento e interpretación.

Lo mejor de todo está sin embargo en la manera como el autor resuelve el desenlace de la historia narrada. Tal vez la parte en la cual resulta más evidente la destreza adquirida. Es un final que avanza vertiginosamente, a ratos trepidante, con voces y visiones sobrepuestas, retardando el momento del choque que sabemos habrá de ocurrir. La narración de la persecución a balazos, yendo de un automóvil al otro y a los distintos personajes involucrados, retarda el desenlace y aumenta la tensión dramática. Sin duda la parte más lograda de la novela.

¿Por qué precisamente *Prosa lavada*? Alguien, decíamos, escribe una novela pero no tiene el título; tampoco idea del género en cuestión. Pero decide hacerse de uno de una manera quizá un poco heterodoxa: «Tomé el diccionario, me detuve en cualquier página. Dejé caer mi dedo. La primer palabra del título apareció: *Prosa*. Leí: “Forma natural del lenguaje; que no está en verso”. Exacto. Tomé el periódico. Lo abrí en la policiaca. Leí: “Ejercicio de comisa veinte toneladas de *lavada*”. *Lavada* en cursivas. El título era perfecto: *Prosa lavada*». Aunque en el periódico aludido «lavada» es un sustantivo y en la novela un adjetivo, el sentido parece ambiguo: prosa cargada de cierta sustancia o, en sentido literal, limpia, sin manchas. Por lo leído pensamos en la primera de ambas opciones.

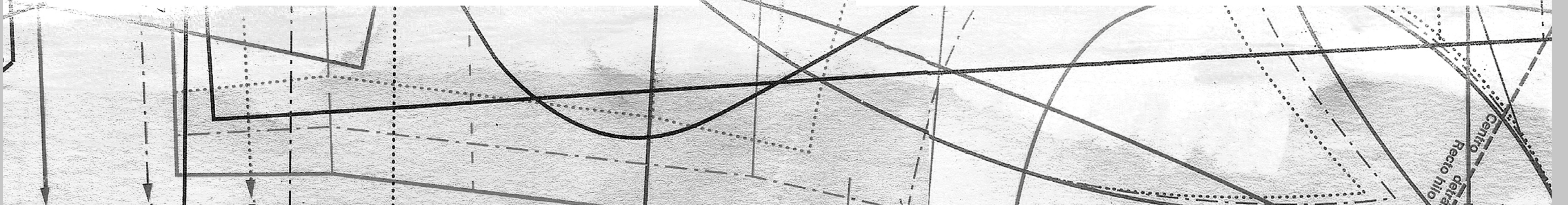
Dos reparos a la novela: la gratitud con la cual el escritor se explaya en describir la violencia que ejercen unos y otros; y, segundo, el interés manifiesto por lo francamente escatológico. Da la impresión de querer soslayarse en el registro literario de una realidad ya de por sí bastante difícil de aceptar, pero a la que hay que subrayar aún más. Violencia explícita, sin atenuantes, por lo que no sería extraño que se le pudiera incluir en la llamada literatura *gore*. No lo es pero no está lejos de serlo. Por citar un ejemplo:

«Godínez está amarrado a una silla. Robles talla la hoja del cuchillo en el suelo hasta quitarle el filo. Con unas pinzas jala la lengua de Godínez y la rebana. La lengua se desprende más por el estirón de las pinzas que por el corte del cuchillo. Una vez en el suelo, Robles introduce un celular en el ano de Godínez, marca el número hasta que lo escucha vibrar. Robles habla por el teléfono, su voz sale por el ano del torturado. Robles levanta a Godínez, le abre el estómago y le saca las tripas. Lo ahorca con ellas.»

Fuera de lo cual no me queda ninguna duda acerca de un modo de narrar ajeno ya a los baluceos iniciales. Con el libro comentado y su primera novela, Julio César Pérez Cruz va delineándose rápidamente como uno de los narradores más consistentes de su generación. ☉

Prosa lavada, Julio César Pérez Cruz, México, Fondo Editorial Tierra Adentro, no. 440, 2011, 127 pp.

HUMBERTO FÉLIX BERUMEN. Narrador y ensayista. Autor de *Tijuana la horrible*.



El fresno solitario

JULIO REYES ZATARÁIN

VINE A TIRARME AQUÍ PORQUE DICEN QUE POR ESTOS CAMINOS TIRAN A LOS MUERTOS. ESTUVE DEJÁNDOME MORIR, MIENTRAS SE AHOGABAN EN UNA BURBUJA DE LLORIQUEOS HOSTILES. ME CANSÉ DEL MUNDO Y ÉL SE CANSÓ DE MÍ. NUNCA ERA MI DÍA, NI MI SEMANA, NI MI MES, NI MI AÑO. NI MI VIDA. PUTA MADRE. POR ESO VINE A ESTOS MATORRALES A MORIR.

Caminé por los senderos olvidados, de finito polvo y piedras filosas. Miré soles nacer y lunas desaparecer, y un sinfín de nubes actuando como transeúntes sonámbulos. Uno se cansa de caminar sin llegar, sin tener derecho siquiera a morir, sin poder cumplir los deseos de ya no existir, y cuando miré mis pies descalzos, hinchados y grises de tanto caminar, pensé que no valía la pena seguir en el camino de sufrimiento y soledad.

Aún quedaban cigarrillos pero no lumbre. Esperé sentado toda la mañana, descansando mi cuerpo y alma de tanta locura malograda, hasta que pasó un arriero y me regaló su caja de cerillos. Supo que me quería morir cuando vio mi cara demacrada, el yugo, mis labios agrietados, la mirada cansada de mirar, los cachetes hundidos y enmontados de una maleza blanca sin rasurar, la piel palidezca y mi nariz anhelando ese salto de segundo a segundo en el que dejará de respirar.

Al ponerme de pie miré un gran árbol y me nació decir, Aquí es buen lugar para morir. El arriero dijo algo de la cobardía y yo le dije algo de la resignación. Me extendió un bule de agua y rogó que subiera a un burro, pero le negué hasta la mirada.

Solo quiero sus cerillos, le dije.

Si usted se quiere morir ya, tiene derecho a decidirlo. La muerte no es como la democracia y la justicia social, aquí no nos quedan mal, pero ahí le encargo nomás que no lo vaya hacer en los matorrales de su espalda porque son de mi compadre.

No se preocupe, jefe, lo haré en ese fresno solitario de enfrente. Me daré fin bajo el encanto de la luna, que bri-

llará de verme entregado a ella, pensando que soy un regalo para su amarillento sol que me descubrirá muerto, y brillará con todas sus ganas por tamaño sorpresa, junto a estos cerillos ya muertos —y agité la caja—, y estos Delicados sin filtro, ya fumados, y esta mochila que contiene el valor de mi vida: un montón de billetes que no darán cobijo mientras uno piensa en abrirse la panza con la piedra más picuda, y servirles como tocino mis intestinos a los buitres, quienes estarán dormitando en el fresno toda la noche, esperando que les sirvan este banquetazo.

Eso sí da que pensar, dijo el arriero tras seguir su camino. ¡Mañana venga..., habrá dinero!, le grité, pero quién sabe si me escuchó, porque su imagen iba diluyéndose en un punto de fuga donde mi voz no alcanzó a llegar.

Lo cierto es que yo morí hace cuatro días, cuando saqué mi capital del banco y le enseñé todo el efectivo a la Chavelita. Se le fugó la mirada. Pensó en sus sueños, una cocina económica, una televisión de pantalla plana, un celular.

Son cien mil pesos, le dije, en mi casa están las escrituras y mi testimonio, donde la hago heredera de todo, pero solo si me da un hijo. Piénselo, Isabel, nueve meses de embarazo y sale de pobre. De momento pensé que diría que sí, pero poco a poco se le borró la sonrisa, seguro fue mientras imaginaba estas barbas blancas pasarse por sus músculos vaginales, enloqueciendo su universo. Pero la muy pendeja no quiso, entonces agarré camino y me declaré muerto, yo, Carlos Tirado, amigo de nadie y nadie es nada, víctima del aburrimento y la desentención del desencanto, de la vejez y su invalidez, del capitalismo más pinche, que teniendo todo este dinero pude volar, navegar y morir, o hacer una nueva vida en una región pacífica del Caribe, invertir en una carreta de tacos y conocer una verdadera mujer y vivir diez años más.

Bajo las nubes que confundía con el humo del tabaco, unos zopilotes dormitaban en lo alto. Por vez primera escucho las percusiones de la naturaleza, grillos, ranas, la música de las hojas y el viento que trae consigo los gritos de toda la humanidad que viaja como ánimas en el aire, víctimas del eterno circular de las horas y los segundos. Era un bonito momento para hacerlo.

Estas cosas se hacen sin pensar, me dije.

Hallé una piedra larga y roñosa, la encajé en mi ombligo y jalé como si quisiera desenterrar algo. No pude explicar mi falta de dolor. Introduje los dedos del medio y como quien fuerza un ascensor, abrí mi estómago para mostrar la noche lumínica a mis adentros vírgenes de luz. Al verme las manos recordé aquellas botanas

con salsa picante, sentí antojo de chupar mi índice, mi pulgar saborizado de sangre, y recibir algún sabor de limón y chile que me tranquilizara. Mi lengua tiritó en un impulso de lubricación; expandí mi estómago y como si mi cuerpo tuviera una mente aparte de la mía, el índice entró a la boca y un sabor rojo me indicó la señal de la mansedumbre eterna. Solo debía esperar, como siempre, no sé qué exactamente, pero espero.

Me restregué las manos con la aspereza del piso, encendí uno de los últimos cerillos y me ufané de morir. El cigarro se estaba adhiriendo a mi uña cuando comencé a sentir el dolor de la muerte. Solté la bachicha para ponerle atención a un dolor interno que me indicaba la primera llamada de mi desaparición. Comenzaba a sentir pulsadas esquizofrénicas y algunos delirios corporales, y del susto comencé a rellenar mi panza con los billetes, total, me costaron cuarenta años de obrero. Ja, y yo que no sabía qué responder cuando me preguntaban cuánto valía mi vida. Hay gente que responde mil millones o algo parecido, qué buen chiste. Mejor no metí todos los billetes a mi panza porque supe que ese arriero iba a volver, todos queremos ver morir a alguien. Estoy orgulloso de estos rostros multiplicados de Ignacio Zaragoza, valerosamente manchados con mi sangre, obtenidos con litros y litros de sudor, bajo el sopor de las desveladas y olores fétidos de pies y una plusvalía que me chupaba hasta el alma. No podría hacer algo mejor que metérmelos y llévalmelos conmigo, pero al arriero le caerán mejor. Sirve que sigue creyendo en Dios.

Había llegado el momento. Eran las vísperas del amanecer. Perdí el conocimiento y desde el fondo de mí mismo, supe que un delgado pájaro negro se posó en mi rodilla, parecía un cuervo bebé pero no era más que un chanate, avanzó hacia mí suavemente, el pico enorme se abrió más y más y me envolvió en una capa oscura de eterna soledad. ☾

JULIO REYES ZATARÁIN. Narrador y periodista.

Pesadilla de anoche

JULIO CÉSAR FÉLIX

En un martes esperpéntico, cuando amanecemos con los sueños encimados en la palabra y las pesadillas de anoche: volteados en la emoción, entre las sábanas delirantes, cuando uno cree que los resultados serán catárticos; aparece una azotea blindada con las ideas confusas y amarillas.

Y otra vez
el cansancio es grande,
el delirio cercano,
los nervios destrozados,
la camisa mojada de sudor,
ojos hinchados,
ah, volví a tener esa pesadilla.

Me despierto de súbito
y empiezo a leer las líneas de mi mano. ☾

JULIO CÉSAR FÉLIX. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Es autor de los libros de poesía *De noche los amores son pardos*, *Al sur de tu silencio*, *Mis ojos el fuego*, *En el Norte ya no hay playas*, entre otros.

No es lo que pensabas

SAÚL VALDEZ

Entraste con tus amigos porque por ahí te dijeron que el lugar estaría atestado de mujeres hermosas. La música es la de moda. Torpemente intentas seguir el ritmo de un compás sinfónico. Ridículo. Te pusiste tu mejor camisa. Crees que te da seguridad. A nadie le importa. Vas a la barra por una cerveza. Corona, le dices al *bartender*. Treinta, te responde. Sorbes con displicencia, y en tu bolsillo solo alcanza para otras tres. Patético. Sin embargo, eres astuto, una cajetilla de Delicados mantendrá ocupada tu fijación oral. A propósito, el humo que pasea entra por tu nariz y hace chillar tus ojos. Toses. Prendes un cigarro remojándolo con el sabor de la cerveza. Cerveza y tabaco mezclados. Tus sentidos se agudizan. Fumas. Tomas. Escuchas la música. Miras. Intentas bailar. Sudas. Hueles la toxicidad del revoltijo de perfumes. ¡Carajo! Es viernes por la noche, y tuviste un día de mierda. Estás harto del trabajo, de ser un maestro mediocre de la universidad y de tratar con idiotas. Odias a tus colegas, y a los del sindicato. Odias a las alumnas apretadas que no quieren coger contigo, por eso vienes a un antro atiborrado por niñas de dieciocho años. Sinvergüenza.

Tus compas ya consiguieron lugar. Cubetas y botellas. No tendrás que gastar tus cien pesos. Tacaño. Los tendrás que intercambiar por algunos cigarros. Buen negocio. Alrededor la novedosa carne danza. Tú observas galante. Diagnósticas la situación. Cada espacio es inspeccionado por esa mirada furtiva y licenciosa. Cambias la mirada. Un grupo de mujeres te magnetiza. Uno de tus amigos golpea tu costilla, conmocionado y con irracionalidad como un simio a punto de aparearse. Todos se fijan en la rubia, es espectacular con ese vestido entallado y un escote que se teje con todas las miradas testiculares. En cambio tú, entierras esos ojos moribundos en la morena, porque, recuerda, te encantan las morenas. Caprichoso.

A la cuarta cerveza la garganta se lubrica. Ardes, pero dejas de sudar. Algunos de tus amigos fueron de cacería. Perdedor. Te das cuenta que por más que lo intentes no ligaras. Decides ir al baño. Pasas por un lado del grupo de niñas que bailan amazónicamente. Lanzas una mirada a la morena. Te ignora. Pendejo.

Tras la derrota te sacias de orinar. Juegas con los limones en el mingitorio, meándolos, conduciéndolos a la esquinita. De vuelta, contratas, rozando tu codo con el ángulo de su fina espalda. Triunfador. La mesa ya está ocupada por jovencitas engatusadas por tus amigos. Convenencieras. La botella se evaporó fugazmente. Y tú que pensaste que no gastarías los cien pesos. Pobre.

Entonces, te encomiendas a atacar sobre campo minado. Delimitas cada detalle. Comienzas con los ojos, sus ojos de carbón como los de un muñeco de nieve. Tratas de atraer su mirada con unos hilos invisibles, y tan solo de rojo te apremia unos segundos. Y tú que no la sueltas. No la dejas ir, porque no te importa absolutamente nadie más en ese lugar. Te gusta. Te gusta porque es diferente a las demás. Trae jeans en lugar de una minifalda. Trae blusa en lugar del pronunciado escote. Zapatos sencillos y no zapatillas. Morena clara, sin excesivo maquillaje. Imaginas su nombre. Paula, se ha de llamar Paula. Imaginas acercarte, directamente al aire que

respira, interrumpirla, decirle hola, qué tal, mi nombre es Carlos. Bailar lo que resta de la noche. Ponerla peda. Saborear su encanto, para así liquidar la noche con un beso. Despierta. Iluso.

El grupo de niñas cada vez llama más la atención del público masculino. Borrachas. La güera ha resultado ser toda una cachonda iracunda, baila con uno, con otro y otro a la vez. A la morena la ha asaltado un tipo aparentemente más joven que tú, ya tiene más de media hora platicando quién sabe qué. De cualquier modo, no le sueltas la mirada. Celoso. Aunque la verdad, ella no se muestra muy interesada, eso piensas. Increípedo.

El lugar poco a poco se vacía. La música es ligera, y ahuyenta a la clientela. Cuatro de la mañana. Dos de tus amigos se fueron a coger. Otros dos se despiden. Solo. Te quedan cuarenta pesos. Pides una Corona. Estás en la barra, donde todo comenzó. No hay nada más difícil que vivir sin ti. Cantas. Te posas en la barra. Prendes el último cigarro, el de la suerte. Le pegas un buen golpe al tabaco que se arremolina en los pulmones. Sueltas una bocanada que nubla tu vista. Es tu oportunidad. Sé valiente. Das unos pasos adelante. Retrocedes otros. Cobarde. Tu corazón palpita como si la fiesta hubiera cambiado de ubicación, ahora dentro de ti. Ella sigue bailando. Tú observando. Baila lentamente, baila con la codiciada rubia. Te acercas, decidido por fin a irrumpirla. La rubia te ve llegar. Sonríe. Te detienes. Morena y rubia se funden, el beso que imaginaste hace un rato y que la pinche güera te ha robado.

Un deseo obturado amarga el blanco nocturno afuera del antro. Bajas los ojos asolados. Derrotado. Escuchas las risas picaras de la feliz pareja. No logras entender qué sucede. Las ves alejarse en un taxi, devorándose. Y tú sin nadie. Con diez pesos en la bolsa caminas por las calles abandonadas. La brisa humedece tu rostro pálido a punto de vomitar. Rumbo a Olas Altas deambulas turbado, esperas ansioso las primeras luces. Suspiras. En realidad, no es lo que pensabas. ☺

SAÚL VALDEZ. Psicólogo y comunicólogo. Escribe cuento y poesía. Es integrante del Colectivo Literario Contrapunto.

Los amaneceres en el Cortés siempre son azules

JULIO CÉSAR FÉLIX

Pero también y a todo esto, la Tierra solloza, gime, lamenta, ruge, respira, tiembla. No desfallece, persiste, el ojo y el tacto la aguardan en su espejo de magia: no podemos sino actuar, cuidar, preservar la piel del mundo: cantando, celebrando al planeta por sus azules, por su fuerza, por su paciencia infinita. ☺

Jorge Humberto Chávez

La realidad sangra desde adentro

JOSÉ ÁNGEL LEYVA

ES CIERTO QUE LA POESÍA, COMO SOSTIENE JEAN PAUL SARTRE, ES INEVITABLEMENTE
SUBJETIVA, PERO NO TANTO COMO PARA NEGAR LA REALIDAD VERIFICABLE.

El poeta vive su propia realidad, íntima y universal a la vez. El exterior se interioriza y se devuelve en forma de escritura, sin falsear los hechos y sin pretender modificar la historia, porque es la versión honda y genuina de alguien que la descubre en sí mismo como una revelación. Eso es justo lo que logra forjar Jorge Humberto Chávez en su libro de poesía: *Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto*, que más allá de merecer el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, 2013, establece un referente en la actual poesía mexicana con su visión descarnada e imaginativa de su región natal. Su foco de atención sigue esa línea fronteriza donde tiene lugar un tránsito incesante entre dos culturas, dos naciones con capacidades económicas, militares y políticas abismales, pero con una geografía donde las imágenes adquieren contextos compartidos y un imaginario común de tintes cinematográficos. En el desierto se enseñorean la muerte y el sufrimiento, pero florecen los deseos. No obstante, desolación es paisaje.

Las virtudes de este poemario saltan a la vista:

Si el título sugiere más un relato que una serie de poemas, es porque en realidad su poesía conlleva un aliento narrativo. Confronta al lector, de entrada, con la negación de la memoria para instalarse en la frontera de lo lírico y lo épico, entre la poesía y la prosa, entre el porvenir y su imposibilidad. «Soñar: Ahora mismo que duermes y sueñas en palabras de otra patria yo me despierto. Y te vivo en mi sueño más que cuando tu rostro dormido iluminaba mi oscuridad.» («Diccionario para Deimy Chávez.»)

El norte y el sur exponen el dilema de ser o no ser, el allá y el más allá, el orgullo y la vergüenza. La poesía de Jorge Humberto asume con naturalidad el relato de la orfandad, la miseria, el engaño, la frustración y la aceptación, mas no la resignación ante la falta de dignidad y coraje que nos impone la vecindad del gigante, predador y amenazante, dos ríos que son uno: «Mientras tu madre y la vecina de enfrente hacíanse un por menor de las nadas que llenan nuestras vidas».

Relato o crónicas bajo el dominio de la lírica, la poesía de Jorge Humberto Chávez toma distancia de lo que Begoña Pulido y yo destacamos en la antología *Poetas mexicanos*, de la colección 20 del xx de *La Otra*. La poesía

mexicana de la primera mitad del siglo xx fue, en su mayor parte, una poesía de la fuga, una escritura que retozó en el exotismo de otros países, de otras culturas, como si no fuese suficiente la propia. Una poesía que, proponiéndoselo o no, se configura y representa con un lustre cosmopolita entre vanguardista y tradicional, pero sobre todo tradicional, y cuando aborda su realidad lo hace a menudo con poca fortuna o extrema pobreza. Pero hay ejemplos también muy afortunados como Jaime Sabines, Efraín Huerta, el primero y el último Juan Bañuelos, Max Rojas, por citar algunos poetas que dan cuenta de su época y su entorno. No obstante, los riesgos de hacer una poesía social empujan a menudo hacia el panfleto, hacia la denuncia o el sentimentalismo ramplón. No es el caso, que logra un efecto diversificador y rico en tonos y matices.

Una de las grandes virtudes de *Te diría que fuéramos al río Bravo a llorar...*, es señalar una circunstancia histórica donde la tragedia dejará una marca indeleble de vergüenza. Pero estos versos se proponen una sola cosa clara, erigir un andamiaje estético, una obra significativa.

«Yo tenía un sol en el patio de mi infancia/ tenía un árbol sencillo muy cerca de mi puerta un simple árbol/ yo tenía un perro pequeño de ojos transparentes/ amigos que la vida retiraba uno a uno/ [...] / hoy sólo tengo esta página/ y me queda el recuento necesario para que puedas leerlo en esta página.» («Recuento.»)

Las imágenes se imponen con su carga emocional e icónica. No intenta este libro maquillar el horror y la costumbre del genocidio, en cada línea de alta tensión hay una crónica interior, autobiográfica del poeta.

No es posible olvidar la náusea de la noticia de un diario local que me recibía con un encabezado de pesadilla: «O pagan o comenzaremos a degollar niños». El crimen organizado cobraba a los pobres en las escuelas por dejarlos vivir. La policía estatal y federal, por supuesto, eran parte del mal.

La poesía de Jorge Humberto nace de esa cotidianidad, de esa demencia que borra la compasión y la piedad en un terreno donde la crueldad se vuelve costumbre e indiferencia, siempre y cuando no sea uno la víctima sino el victimario.

«En el año 2006 mi país empezó a adelgazar/ la calle y la noche más flacas cada vez/ la ciudad crecida de cadáveres.» («2006»).

La revelación de lo que nadie reconoce o la mayoría niega es parte sustancial de este discurso que se desenvuelve o desovilla con la tensión de la violencia, esa... en la que dejamos de ser, de valorarnos.

«Y suponemos que nadie en su casa está despierto, que los pocos que van por las aceras se están hundiendo cada uno en su pozo que ya no hay gente/ y a eso se debe que nadie nos ve.»

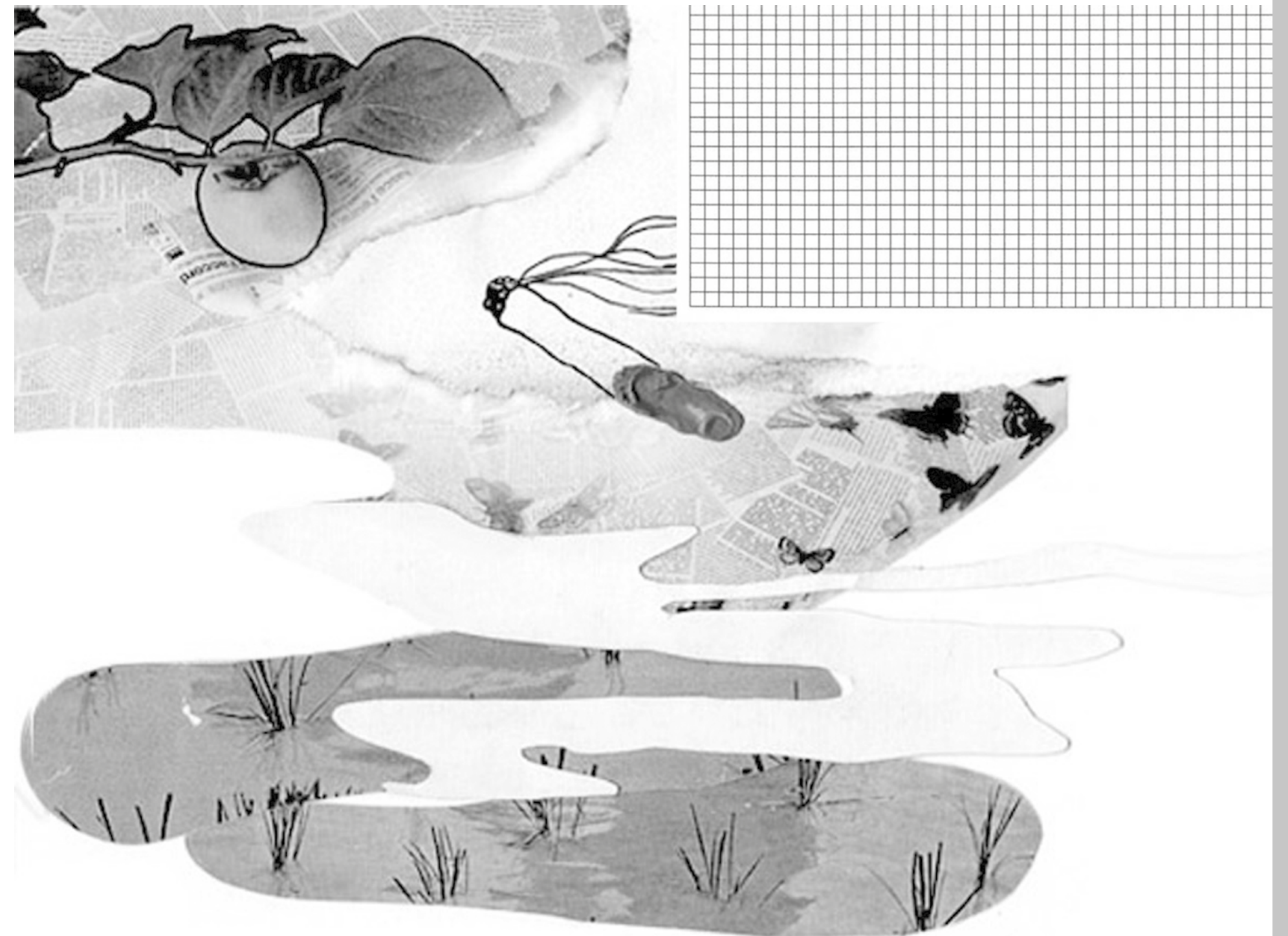
Es este un libro valiente, no por su descarnada formulación de la realidad, sino por su determinación lírica dentro de ese contexto de tintes épicos y de riesgos amarillistas.

El poeta navega entre la ficción y la recreación biográfica. Sus amigos, sus amores, sus referentes literarios hallan lugar en este dominio que no está exento de giros cinematográficos, que van desde los cementerios parisinos a los encuentros estilo Paris-Texas, de Wim Wenders. Quizás el poema que más deja entrever dicha asociación es «Biografía de Roxy Zamgal»: «estaba de pie mirando-

me en medio de un aparcamiento oh sí/ yo me acerqué y le dije no tiene remedio debes venir conmigo/ el presente era difuso y no había un para qué al iniciar la noche/ ella me miraba de pie en el centro del aparcamiento oh sí.»

La familia Chávez es la llave maestra del poema, no obstante la aparición de poetas admirados como Antonio Cisneros, Apollinaire, Alí Chumacero, Emily Dickinson, por mencionar algunos. La muerte, como el vino, embriagan estos versos que no dudaría en señalar, desde el anonimato de un lector, que allí está la voz de Jorge Humberto Chávez, su universo, su mitología vinícola, su realidad sangrante, la carretera reverberante del desierto, sus larguísimas rectas que amenazan con perderse en la imaginación, pero se hunden en el pecho del poeta. Un poemario que pone el dedo en la llaga y se coloca en la frontera, como impronta en la actual poesía mexicana. ☼

JOSÉ ÁNGEL LEYVA. Poeta, narrador, ensayista, editor y promotor cultural. Director de la revista de poesía *La Otra*. Su libro más reciente es *Destiempo*.



Toda la poesía

JORGE ORTEGA

PURA LÓPEZ COLOMÉ (MÉXICO, 1952) ES UNA DE LAS PIEZAS FUNDAMENTALES DE LA POESÍA

MEXICANA ACTUAL EN LOS ÁMBITOS DE LA CREACIÓN Y LA TRADUCCIÓN.

Aunque también se ha desenvuelto con autoridad en el ensayo, son estos ámbitos los que le han dispensado, a mi parecer, mayor número de usuarios, o bien, la distinción del lector y de la crítica. En realidad se trata de vasos comunicantes. Al fraguar sus propios poemas y al poner en nuestro idioma los de los demás, trabaja a fin de cuentas con la misma sustancia, la de la poesía, ese común denominador que puede llevarla a experimentar tentativamente la relación con la obra personal y la ajena como un inmarcesible ejercicio de transcreación, para decirlo con Haroldo de Campos.

Si bien ha vertido al español a Rilke y a Brecht, la traducción de Pura López Colomé procede sobre todo del inglés e incluye versiones de William Carlos Williams, Hilda Doolittle, Samuel Beckett, Philip Larkin y, como es sabido, de Seamus Heaney, ofreciéndonos una de las aproximaciones más solventes del Premio Nobel irlandés 1995, entre las que se encuentran las de los volúmenes *Isla de las estaciones* y *Viendo visiones*, aparecidos en México. El hecho de que haya revisitado después algunas de estas voces a través del ensayo, como lo constata en *Afluentes*, libro en dicho género publicado en 2010, nos permite deducir que, además de un espacio para la revelación y el conocimiento, Pura López Colomé ha asumido la poesía como una actividad lúdica, vaya, una instancia vital para el gozo anímico, donde los intereses o las preocupaciones literarias cobran la naturalidad de una querencia.

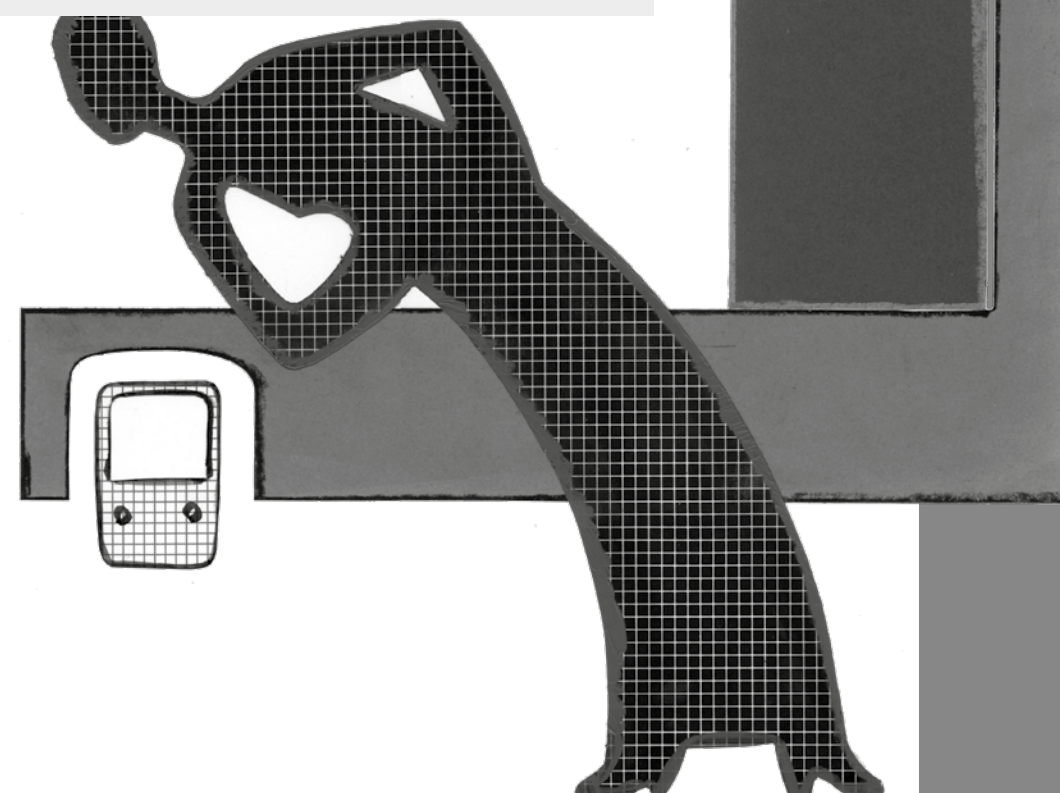
Lo que intento asentar es que Pura López Colomé ha traducido por gusto la familia de autores entrañables con los que, por lo demás, ha venido dialogando en su trabajo de creación. Basta echar un ojo a los epígrafes, que confirman las correspondencias entre la dimensión trascendental de la tradición lírica anglosajona, por llamarla de una manera, y la densidad espiritual latente en la poeta mexicana. No obstante, debido quizás a la levedad de su atmósfera, la poesía de Pura López Colomé escapa a las clasificaciones. Fiel a la constelación de recurrencias que la caracterizan —el ser, la memoria, el *topos* divino, los silenciosos rituales cotidianos—, apegada a un sistema de referentes de orden sagrado, resulta inasible a las definiciones. Y tal vez justamente por ello, o sea, por una suerte de ubicuidad a la que semeja estar destinada en su condición de errante ingravidez.

Así, los *Poemas reunidos 1985-2012* (Práctica Mortal, Conaculta, 2013) de Pura López Colomé nos muestran paradójicamente una suma poética cuya totalidad no garantiza una conclusión. Podemos advertir una inclinación mística y, a la par, un fuerte componente reflexivo sobre la naturaleza de las cosas, lo que añade un cariz filosófico distinto al de índole religiosa en una feliz alianza de Platón y Lucrecio. Por otro lado, hay a lo largo de esta vasta compilación de setecientas páginas un realismo anecdótico que no solemos encontrar usualmente en la poesía de resonancia mística o de resolución intelectual. Porque la de Pura

López Colomé no es tampoco, como apuntamos, una escritura sujeta a taxonomías. Junto al influjo del teólogo Jacob Boehme y los ecos del iluminado Angelus Silesius, la evocación de sor Juana y de Emily Dickinson, o de la palabra trémula de Paul Celan, inducen una frecuencia poética en la que la soledad y el *contemptus mundi* devienen un lugar ameno, la distancia propicia para la experimentación de esa oquedad interior, ese margen de extrañamiento de los que surgen los poemas.

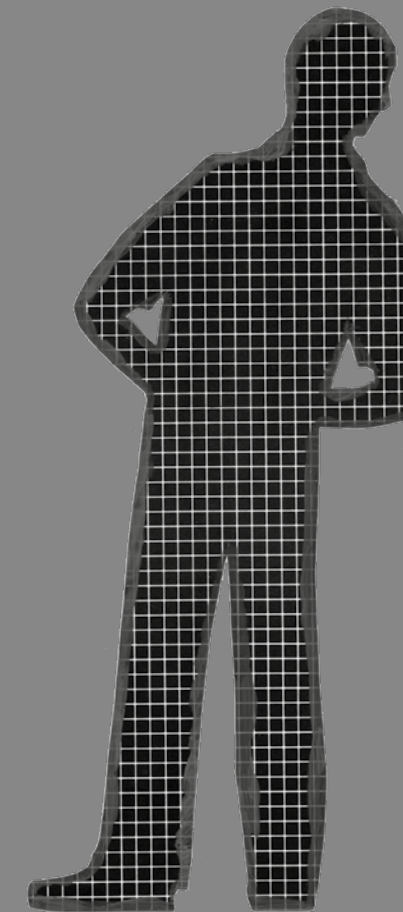
Leer de modo continuo el corpus poético de Pura López Colomé invita a visualizar la línea evolutiva de un proceso de búsqueda que ha tenido por señuelo la consecución de un misterio supremo, el que cobija el ocurrir de la existencia material y el de la no menos inquietante materialidad del vacío; el enigma de las causas y los efectos, que parecen venir de ninguna parte y dirigirse a ninguna otra. Pero lo meritorio es que la autora ha sabido incorporar a tal disquisición la mitología de la memoria, la observación de la realidad doméstica, el imperceptible e ignorado microcosmos de la física, las presuntas edades del tiempo y los accidentes de la geología, los fenómenos del azar. Dueña de una prosodia hecha a la medida del silencio o de la enunciación, Pura López Colomé ha concebido en versos cortos y de mediana longitud un ejemplo de coherencia retórica respecto a su propia poética. Con una proyección textual que podríamos juzgar minimalista, ha planteado igual distintas formas de rendimiento del espacio caligráfico, imprimiendo a su obra las suficientes variantes para reinventarse, abriéndose al futuro. ✧

JORGE ORTEGA. Poeta y ensayista. Doctor en Filología Hispánica y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Obtuvo el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2010.



Sonata del diente hincado

ISABEL HION



Todos amamos a aquellos poetas enfermos que solo pueden sembrar laureles en el cielo. Los poetas de esquizofrenia electrizante en el pulso, a quienes el pasado se les tumba enfrente más vivo que ellos mismos. Poetas de carretera, poetas de central camionera, poetas de tiendas de abarrotes, poetas de pangas sobre el mar, poetas cabalgando por la carretera sobre camiones de hojaldré que orinan aceite conforme el suelo se les desmigaja detrás de ellos. Poetas maestros del arte de la evaporación. Equilibristas, malabaristas, todoteístas, sumos sacerdotes de la tripa atorada, bardos cuando cantan para ellos mismos y escultores de la memoria cuando solo tienen como artificio un par de manos y un hígado dispuesto a gritar.

Amamos a los perros de consigna que intentan ser gente normal. Conocen el hambre pero también el sueño. Conocen la tristeza insondable de hallar banqueta para acunar su espalda, y no temen emborracharse aunque solo sean las diez de la mañana. Esos poetas que conoció siempre sin querer, sin proponérmelo; poetas que no escriben ni saben leer porque el pecho les duele, porque los huesos les duelen, y porque el dolor poco a poco va haciéndose de un lugar en su mesa. Todos amamos a los poetas de romanticismo tardío, estoicos por consigna, iracundos de clóset. No traen ya la rabia entre los dientes sino en el estómago. Han digerido con el tiempo los impulsos inútiles de quitarse la vida o de dejar su suerte a la suerte. Han cambiado su estigma de poetas y han renunciado al grado Maestro del Mártir Dorado.

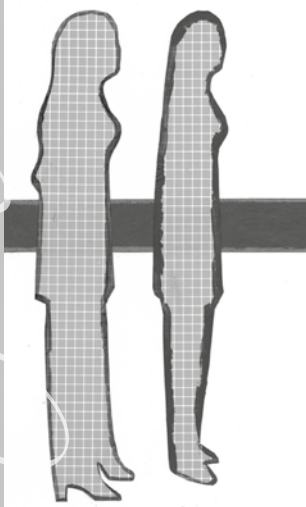
No hablo de los poetas de presentaciones de libros ni de reseñas literarias. Tampoco hablo de los poetas en turno ni de los auto proclamados en pos de labor social. Hablo de aquellos que intentaron huir, pese a todo, de su naturaleza; de aquellos trepados en árboles con miedo de que la inspiración los encuentre. De quienes cierran sus ojos por la noche porque no quieren escribir... ahora que han conocido el dolor le huyen; cuestión de experiencia, jamás miedo. Se tumban frente a las olas, levantan el pecho, y esperan el instante sagrado donde el filo del tiempo los alcanza. Traen en la palma de sus manos gardenias que lo succionan todo y jamás dicen que «no» cuando hay forma de perderse en la bruma.

Poetas de caja musical; un artificio de respuestas cambiantes para despistar al subconsciente. Hombres y mujeres que traen el demonio y que por la noche se ríen con él. Esos mismos hombres y mujeres que escuchas cantándole a la luna, boca arriba de nuevo, sobre las aceras, mientras la sangre les tiembla, su pulso explota, y son todos juntos un carnaval de voces y de promesas malhechas en pos de una ruleta rusa. Dicen que todo está bien aunque todo esté mal. Cambian de identidad todos los días y se estrangulan sobre la cama porque no hay forma de no despertar. Y a la mañana siguiente deciden amar el mundo y encararlo con flores de panteón enjauladas en sus manos por si a la muerte se le ocurre temblar en las apuestas.

No sabemos cómo, pero en el fondo todos amamos a esos hombres y a esas mujeres de corazón magullado. Corren de la inmanencia, no quieren trascender, pero en el camino tropiezan y de repente son grandiosos. Probaron escupirle al libre albedrío y desencajar las piedras y losas de un destino adormilado. Saben reír y abrazar el dolor, saben ir de puntitas sobre sus tejidos nerviosos y han aprendido a sembrar altares por donde sea.

En fin, que los poetas de hígado esclarecedor y riñón generoso no logran quebrar la suerte. No creen en los juegos de azar y si están lo suficientemente lúcidos abrazan cuanto cosa se les ponga enfrente. No aparecen en libros de Historia ni se les ve idolatrados en estatuas de hombres ilustres, porque esos son otros. El artista de aparador, el ídolo flameado por el tiempo, es otro. Hablo del perro que solo se entiende con perros. Del monstruo que alza su brazo todas las noches para ver si desgaja el cielo. No el de gran potencial merecedor de condecoraciones. Hablo de esos que se evaporan, de los que nunca están a nuestro lado. Gente de dos cuencas por ojos, y de cruel ternura pidiéndoles dormir. ✧

ISABEL HION. Narradora y ensayista. Ha publicado en *Numen* y *El guardaguasas*. Su obra forma parte de las antologías *Los abisnautas* y *Lados B*.



El elegido

(fragmentos)

ERNESTINA YÉPIZ

*Es inútil creernos hijos del Sol:
Todos llevamos muy adentro la noche.*

JEP

1

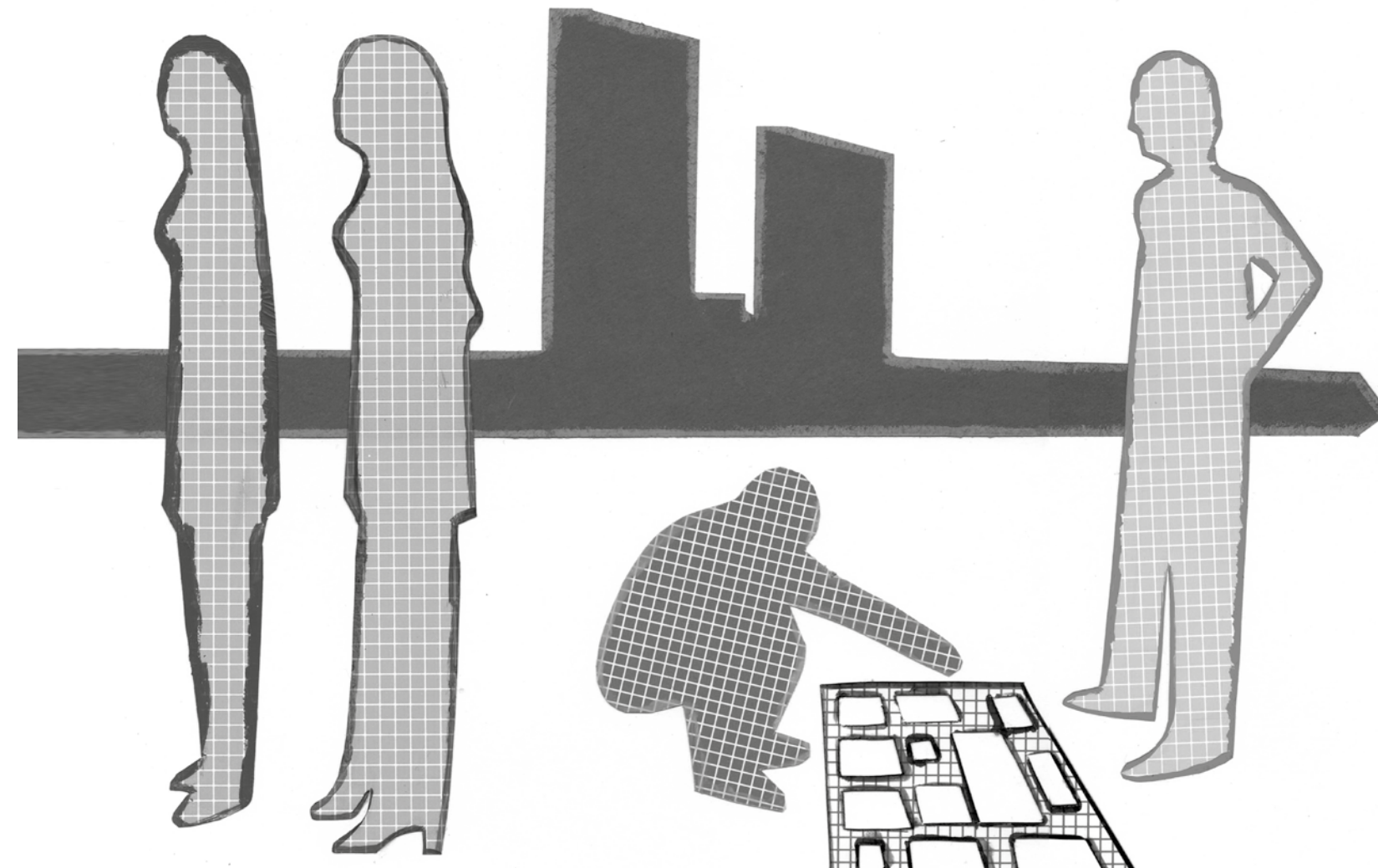
Abro los ojos y la imagen que me devuelve el espejo que hice colgar del techo de la habitación es la de un cuerpo desnudo (de senos proporcionados, ni grandes ni pequeños, complexión del todo delgada y piel pálida) sobre una cama (elegantemente ataviada con sábanas blancas), al que encuentro tan parecido al de un cadáver dentro de su ataúd. Me doy cuenta de que tengo mucho tiempo de no exponerme al sol. Soy de esas raras personas que viven ajenas, tanto a las hojas del calendario como a las manecillas del reloj, y para hacerme más llevadera la existencia, en un intento por evadirme de una realidad que me hace sentirme parte de nada, hago de los días noches y de las noches días. En todos los lugares estoy de paso y si tengo compañía, es siempre ocasional. Vivo sin pretensiones y podría decir que con resignación. Esto no significa que sea tímida o temerosa, más bien me habita cierta indiferencia, lo que me hace suscitar el desdén o la atracción de los otros. Mis ojos acerados de un gris verdoso y mi rostro pálido, para algunos, pueden ser la imagen viva de la belleza; para otros, la encarnación de la crueldad. Repelo y atraigo de una manera en que pocas personas pueden hacerlo. De igual forma desdén o tomo lo que se me ofrece y para exorcizar el tedio que me habita, me entretengo en visitar sitios que un gusto exquisito y refinado calificaría de cierta sordidez, pero para mí son nada más lugares de paso, en los que a veces, contra mi voluntad incluso, logro ahuyentar un poco la soledad que traigo encima.

No quiero decir que no me guste estar sola. De hecho no encuentro mejor compañía que mi propia sombra. Cuando camino la veo alargarse, trepar ágil por las paredes, moverse como un fantasma. Sin embargo, a veces necesito ciertas emociones o para ser más precisa, creo que debo decir, sensaciones. No, tampoco, creo que lo que busco, realmente, son impresiones. El sobresalto y la parálisis que produce el sucumbir por algo o por alguien, aunque

esto sea circunstancial, momentáneo. No sé si tenga que ver el hecho de que nació un día en que mi madre (actriz consumada) representaba en escena a Yocasta, la misma que después de saberse madre y esposa de Edipo (el que adivinó las palabras de la esfinge, mató a su padre y fue desterrado), se suicida. Los dolores del parto no interrumpieron el transcurso de la obra, mucho menos el fatal desenlace. Un maniquí quedó colgado en medio del escenario, balanceándose de un lado a otro, mientras la parturienta era atendida en el hospital. Y yo, en el momento en que Edipo se sacaba los ojos, di mi primer llanto, lo que me hace asumir que ningún destino se elige, todo es obra del azar y no se hace otra cosa más que tentarlo.

2

El silencio en mi apartamento es sepulcral. Las paredes, el piso alfombrado y las gruesas cortinas de la habitación me mantienen al margen de los ruidos exteriores; además desde un vigésimo tercer piso no es fácil escuchar el tráfico vehicular que a esta hora ya debe de congestionar



las avenidas. Es la hora en que la vida nocturna de la ciudad empieza a desperezarse. No sin cierto esfuerzo, me levanto de la cama y antes que cualquier otro acto tomo mi consabido puñado de aspirinas, que hago resbalar por la garganta con los restos de café que quedan en la taza que tomé ayer por la madrugada. La sangre comienza a aligerarse y la tensión de los músculos se afloja un poco. Mi cuerpo cobra una repentina agilidad, se vuelve liviano, casi, casi como si flotara, ¡oh! ¿Quién no querría tener un par de alas? Pongo la mano derecha sobre mi corazón y siento su palpitar como una herida y mientras la tina de baño comienza a llenarse y el vapor del agua caliente se pega a las paredes y al cristal de las ventanas, me palpo el cuerpo para constatar que no soy un fantasma que respira y para reconfirmarlo me veo por enésima vez al espejo. Busco lo que no puedo encontrar. Lo que nunca he de encontrar.

Desnuda me tiendo dentro de la bañera y el agua caliente me relaja, me proporciona el confort deseado, tanto que, después de media hora, comienza a darme algo de sueño. Como no tengo intenciones de dormir, dejo la tina y me coloco bajo la regadera. Abro la llave del agua fría y es como si minúsculos bloques de hielo me golpearan el cuerpo. Mis labios se amoratan un poco. No quiero tener un resfriado, en dos minutos salgo de la regadera y me seco (como de costumbre frente al espejo), con una toalla blanca cien por ciento algodón. Primero el cabello que llevo corto, casi al rape, para evitar el fastidio de tener que peinarlo, luego el cuello, los brazos largos, demasiado largos para mi gusto, el pecho de senos incipientes como de adolescente, el estómago pegado a los huesos, las piernas y uno a uno los dedos de los pies.

Me visto con una playera de mangas largas y cuello alto, encima mi suéter de lana gris, pantalón de pana

y botas altas para caminar en caso de que haya agua o nieve. Me lavo los dientes, pinto mis labios de naranja fosforescente y pongo un poco de rubor a mis mejillas. Antes de cerrar la puerta tomo mi abrigo de doble forro e impermeable y por si acaso un paraguas. Desciendo los veintitrés pisos que me separan de la calle, por fortuna ningún otro inquilino lo hace al mismo tiempo que yo. Me irrita compartir el elevador con alguien más. La calle me aguarda. Iré hacia el norte y luego al este. Lo que quiere decir que iré al noreste, donde los vientos azotan más fuerte y obligan a los transeúntes a buscar refugio en cualquier antro.

3

La calle se me oferta como un cuerpo desnudo sobre una cama sin sábanas. Siento un ligero temblor en los huesos. Corro el cierre de los guantes, me ajusto el cuello del abrigo y el gorro hasta las orejas. Un vagabundo al verme pregunta, *when was the last time somebody said you: I love you*, dice y no recuerdo cuándo fue la última vez que me dijeron *I love you*. No sé, tal vez, nunca nadie me ha dicho *I love you*. Yo tampoco se lo he dicho a nadie y dudo que pueda decirlo alguna vez. Quién querría oír un «te quiero» de mis labios, después de todo qué puede significar decir «te quiero». Nada, nada, las palabras pertenecen al mundo de lo etéreo. En lo personal, prefiero la realidad inmediata; el deseo que se esfuma al ser saciado, como se sacia el hambre de un animal. No deja de resultarme absurdo el que alguien pregunta *when was the last time somebody said I love you*. Sigo de largo y mi interlocutor, cubierto por el polvo de los días, me persigue media cuadra, sin dejar de insistir *when was the last time somebody said I love you*. Al ver mi indiferencia repite la pregunta al transeúnte que viene detrás.

Cambio de acera. La noche (cubierta con una capa de niebla, que tiende a volverse más espesa conforme la madrugada se acerca), eterna e inamovible, me guarda bajo su cuerpo. Las criaturas que pasan a mi lado son etéreas. Presiento que camino entre fantasmas. El frío me toca la piel, el aburrimiento comienza a invadirme y para asesinar el tiempo o al menos para matarlo un poco, me detengo en un café de turcos. En medio del humo de una decena de fumadores, pido una ensalada de espinacas con queso de cabra, una crema de pepino con yogur, pan de centeno con ajo y aceite de oliva extra virgen, y como realmente siento que mi apetito comienza a despertarse pido también un asado de ternera, medio crudo y medio cocido, quiero morder la carne tierna y sentir como se deshace en mi boca. En veinte minutos la cena está servida. Mientras devoro mi manjar un grupo de músicos toca el acordeón y una cantante vestida de luces golpea el pandero; canta con una voz tan lejana, que parece venida del desierto. La canción habla de amores que de tanto buscarse no se encuentran jamás. Supongo que soy la protagonista de esas

pequeñas historias. Aunque dudo que alguien como yo busque el amor o que el amor quiera encontrarme.

4

Estoy en esta ciudad como pudiera estar en cualquier otra. En Norteamérica todas son tan parecidas. Un sector financiero y comercial de grandes y ostentosos edificios. El *city hall*, la biblioteca y algunos otros espacios para los poderes establecidos. Uno o dos parques. Un par de museos con piezas escultóricas o pictóricas representativas de otras culturas, nunca de la propia. El área de cines y teatros y un sin fin de lugares a elegir para cenar, tomar una copa o entretenerse de acuerdo al presupuesto de cada quien. En lo particular, algunas veces, me gustan los sitios lujosos y bien atendidos, donde el personal del servicio te recibe y te hace tantas reverencias como si fueras la vieja reina de Inglaterra, pero hay horas como estas en las que prefiero vagabundear por las calles semi iluminadas u oscuras por completo, donde no existe una línea que divida lo bueno de lo malo, lo moral de lo in-moral. Cualquier lugar es una jungla y solo los animales más astutos logran mantenerse a salvo de las garras del enemigo. Me considero uno de ellos.

5

Subo la calle empinada. «Dos cuerdas a la derecha y luego media a la izquierda», me dice la voz de un hombre con impermeable negro y gorra de destellos metálicos, que me sale al paso para darme una tarjeta tipo postal en la que se anuncia un espectáculo de *striptease*. Lo veo sin verlo, doblo el papel y estoy a punto de echarlo al bote de la basura cuando el mismo anuncio y la misma fotografía aparecen frente a mí en la parte posterior de la caja de un camión que irrumpo en la calle silenciosa. Llamo mi atención la imagen de un tipo de ojos intensamente azules y tez bronceada, vestido con un entallado calzón color cobre que se confunde con su piel, quien promete ser la mejor diversión de la noche, no quiero aspirar a tanto y me digo a mí misma que me conformaré con un poco de entretenimiento.

Al llegar al sitio indicado encuentro un auténtico turgurio: las paredes sin pintar, carcomidas por la humedad, tapizadas por fotografías de esculturales cuerpos desnudos (auténtica exhibición de la masculinidad) y los meseros ataviados con moño blanco al cuello; guantes y ajustados pantalones de cuero (a los que basta jalar tres o cuatro botones para hacerlos caer), van de un lado a otro del salón como si en lugar de caminar danzaran y de pronto se detienen para tomar un pedido, servir una bebida o simplemente para dejarse tocar por quien desee acariciarles las piernas, los brazos, el estómago, la espalda o las nalgas. Son un monumento a la tentación, seductoras esfinges vivientes. No me entretengo más en escudriñar hacia adentro y en un intento por aliviar mi soledad, pago los doce dólares de la entrada.

No termino de escudriñarlo todo cuando un hombre algo viejo y vestido de etiqueta de color negro opaco, quien cumple funciones de maestro de ceremonias, sube al escenario y como si estuviéramos en el teatro, sin esconderse detrás de la cortina, micrófono en mano, hace la primera llamada y en la pantalla del fondo comienzan a aparecer las imágenes de los «artistas» de la noche, incluyendo la del espécimen de tez bronceada y ojos azules. La mercancía se expone a lo largo y ancho de la pantalla. Desfilan disfrazados de ellos mismos. Los hay de todos colores, desde el blanco pálido, casi transparente, hasta el negro color de ébano. Sin dejar de lado, el moreno claro y el amarillo sulfuroso. La estatura es casi uniforme, van del 1.80 al 1.85. El público aplaude. Impaciente espera verlos desfilan por el escenario. Cualquiera de esos cuerpos está al alcance de mi mano y no tengo que elegir. Ya he elegido.

Vestido con un entallado pantalón de cuero y una corbata, un tanto ridícula que le llega hasta abajo del ombligo, en medio de las luces y los gritos de la concurrencia, mi elegido sube al escenario y al ritmo de la música, que no logro identificar (demasiado ecléctica para mi gusto), empieza a moverse, primero con cierta parsimonia y de pronto sus movimientos se vuelven más enérgicos. En menos de diez minutos se quita lo que lleva puesto, menos el calzón color cobre que refulge como una estrella en medio de las luces. No puedo decir que me ve, más bien soy yo la que lo mira. Sin que la música se interrumpa deja el escenario y sin ningún pudor, sin dejar de danzar, debo reconocer que no sin cierta vulgaridad, se acerca al público. No son pocas las que estiran la mano para colocarle un billete en cualquier parte. Espero mi turno, me preparo con un billete de cien dólares y escribo una tarjeta con mi dirección y la hora de la cita, apenas he terminado de hacerlo cuando él ya está parado frente a mí, mirándome como si me esperara, supongo que intuye que he venido por él, no pierdo la oportunidad y expongo bajo su tanga mi oferta y sin prestarle más atención, tomo lo que queda de mi bebida, pago y me marchó. Antes de que amanezca, mucho antes, mientras la luna dormita entre nubes negras, ese cuerpo perfecto, esas manos hermosas estarán tocando a mi puerta y esos ojos azules se encontraran de nuevo con los míos. Entonces la noche, siempre la noche, en lugar de agonizar, renacerá de nuevo. Y ahí estaré yo; una vez más, muchas veces más, palpando el borde de sus abismos. ☽

Nota. El presente relato fue originalmente publicado (completo) en el número veintiuno (octubre-diciembre de 2013) de la revista La Otra.

ERNESTINA YÉPIZ. Ensayista, narradora y poeta. Autora de *El café de la calle Mulberry*, *Los conjuros de cuerpo*, entre otros.

La pena

RUBÉN RIVERA

Qué triste es el camino que transito,
se han quemado las alas del amor.
El silencio se rompe en mi dolor
y en la tarde regresa ya marchito.

Hago una corona grito a grito
y vibra en su voz todo el dolor;
mi esperanza muere en el temor
y su pena interroga al infinito.

Recorrí en una lágrima el paisaje,
su tristeza la comprendí al momento
mientras su sombra acompaña al viaje.

A través del espejo de topacio
miré su hoguera ardiendo en el espacio,
como astro que se apaga muy despacio. ☽

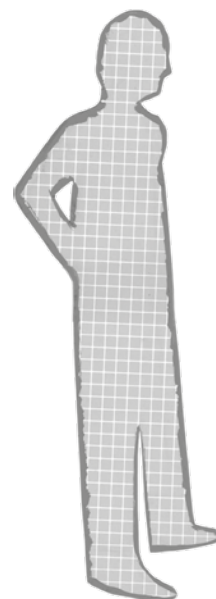
RUBÉN RIVERA. Poeta y fotógrafo. Recientemente coordinó el libro *Juguetero de versos*.

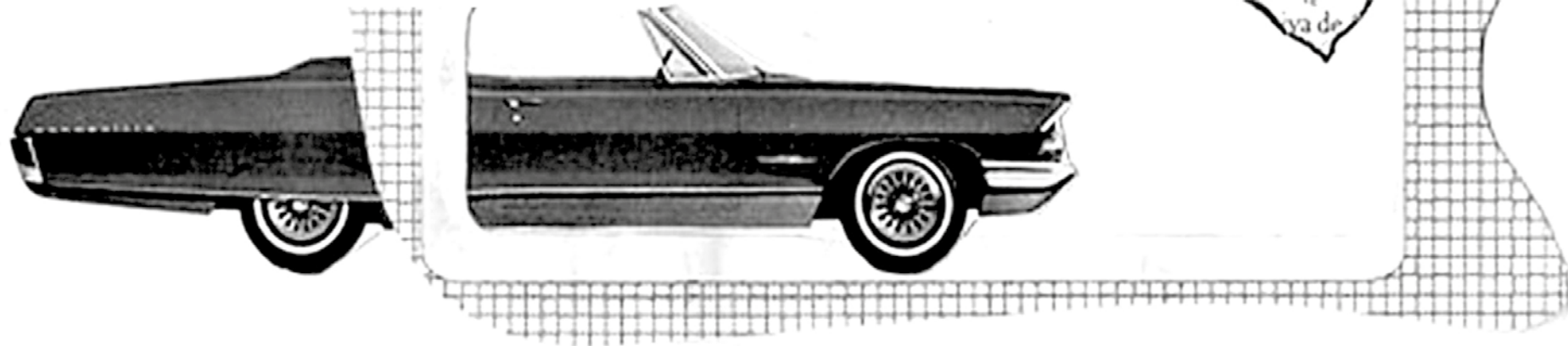
Papel

LUCÍA LEYVA

En los momentos de profunda soledad, no hay mejor consuelo que el papel. Lo toco y pienso en su origen, el árbol que estuvo acaso más vivo que yo, al que imagino con los brazos extendidos hacia el cielo. Y ahora, el papel entre mis manos refugia mi letra temblorosa, la cabeza dura que soy. Estoico, resiste tachones, el borrador que le raspa hasta dejarlo transparente, la aguda punta del lápiz que casi lo perfora y hasta la mancha de café que despliega sus alas como mariposa nocturna. Es posible que lo escrito sea como el lugar del que vino: una bruma incomprensible. Más, cuando coloco su sedosa calidez sobre mis ojos, escucho en mis oídos un rumor que acaso evoca el río del que bebía cuando era árbol. Entonces, lo toco de nuevo y siento un hálito de vida que me recorre el cuerpo.

LUCÍA LEYVA. Fotógrafa y promotora cultural. Coautora del libro *En el andén de los sueños*.





De los griegos y Jim Morrison

FIDEL IBARRA LÓPEZ

RECÍEN SE ACABAN DE CUMPLIR 43 AÑOS DE LA MUERTE DE JIM MORRISON Y EL MITO SE MANTIENE

INCÓLUME. VIVO COMO EL MANTRA DE LOS GRIEGOS.

La muerte de Jim acaeció el 3 de julio de 1971, en París, Francia, muerte que se envolvió de especulaciones porque la única que vio el cuerpo de Jim fue su novia Pamela Courson. Consideración que dio paso a la construcción de la leyenda. Algunos aseguraron que Jim encubrió su muerte para huir de los reflectores y del juicio que en ese momento enfrentaba en los Estados Unidos por conductas lesivas durante un concierto en Miami, Florida. Con los años John Desmore, compañero de Jim en la banda *The Doors*, escribiría un libro *Jinetes en la tormenta*, donde entre otras cosas dejaba en claro la muerte del *Rey Lagarto*.

La muerte de Jim fue producto de sus excesos con la droga y el alcohol. Aspiraba a tocar el otro lado, de eso queda sobrada constancia en su estilo de vida y sus concepciones filosóficas y poéticas. Y si se referancia al vocalista de *The Doors*, generalmente se atiende sus excesos y se dejan al margen sus aportes musicales y poéticos.

En este escrito pretendemos abordar estos últimos, pero desde la experiencia personal; es decir, desde la influencia que como lector nos dejó Jim Morrison con su poesía.

Comencé a leer de forma anárquica. Leía cuanto cayera en mis manos, sin orden alguno porque no conté con la experiencia de un guía. Fue por este motivo que me topé a la edad de 16 años con algunos poemas de Jim. La lectura de su poesía me llevó a la música de *The Doors* y a la hipnosis de algunas de sus canciones. Debo señalar que la poesía de Jim y la música de *The Doors* me acercaron a otras fuentes de lectura. Por la canción «The End» me adentré a Sófocles y su obra «Edipo Rey». En esta obra, Jim Morrison basa su poema sobre el asesino solitario que despierta en la galería antigua de su casa y termina asesinando a su padre y violando a su madre, poema que *The Doors* incluye en la canción «The End» de su primer álbum. Cuando el grupo cantó por primera vez la canción completa —que por

cierto es muy extensa— en un bar de Los Ángeles, California, llamado Whisky ago go, el dueño del club terminó corriéndolos argumentando que en su club nocturno ningún «hijo de perra iba a violar a su madre».

Y sí, en efecto, como bien sabemos, Edipo termina teniendo sexo con su madre, pero no lo sabe, hasta que se entera posteriormente. Edipo ante tal tragedia, se hace sacar los ojos, muere. De igual forma, poco tiempo antes había matado a su padre cuando transitaba por un camino. Un viejo lo embistió con su caballo y lo quiso azotar con su látigo; Edipo, más fuerte y ágil, le sujeta el látigo y lo jala, estrellando el cuerpo del viejo en las piedras del camino, muriendo en la acción. Ese viejo, era su padre.

Cuando los padres de Jim escucharon «The End» por primera vez, guardaron un silencio sepulcral. Hasta la fecha no se conoce que hayan hecho algún comentario al respecto sobre la música y poesía de su hijo.

De igual forma, por intermediación de Jim Morrison conocí a Nietzsche, y con él leí *El espíritu de la tragedia*. Recuerdo que el autor se preguntaba: ¿Cómo es posible que un pueblo tan bello, lleno de salud, tenga necesidad de la tragedia? ¿Dónde reside el espíritu de la tragedia en los griegos? El espíritu apolíneo y el espíritu dionisiaco, factores de la creación de los griegos. Dionisio, el dios del vino, adorado por las Ménades y santificado por los espíritus oscuros. Por cierto, siendo este el primer libro de Nietzsche, no fue bien recibido por la crítica de su tiempo. Quizá porque no fue debidamente comprendido. Nietzsche era un adelantado a su época. No obstante, para otros resultó un elixir filosófico y poético como en el caso de Morrison. Sus amigos aseguran que quien terminó matando a Jim fue Nietzsche y no las drogas. Poco después tuve contacto con estos poemas. Me deleitaba con letras como:

Gran Cristo gritón,
perezosa María te levantarás
una mañana de domingo

«La película comenzará en cinco momentos»
anunció la voz indiferente.
Todos aquellos que no estén sentados, esperarán
la siguiente función.

Hicimos fila, lenta y lánguidamente,
hacia el vestíbulo. El auditorio era vasto y estaba silencioso.
Mientras nos sentábamos y nos quedábamos a oscuras
la voz continuó:

El programa para esta noche
no es nada nuevo. Ustedes han visto
este entretenimiento una y otra vez.
Han visto su nacimiento, su
vida y muerte; pueden recordar
todo el resto —(¿tuvieron un buen mundo cuando
murieron?)— ¿Lo suficiente como basar una película?

O estas otras:

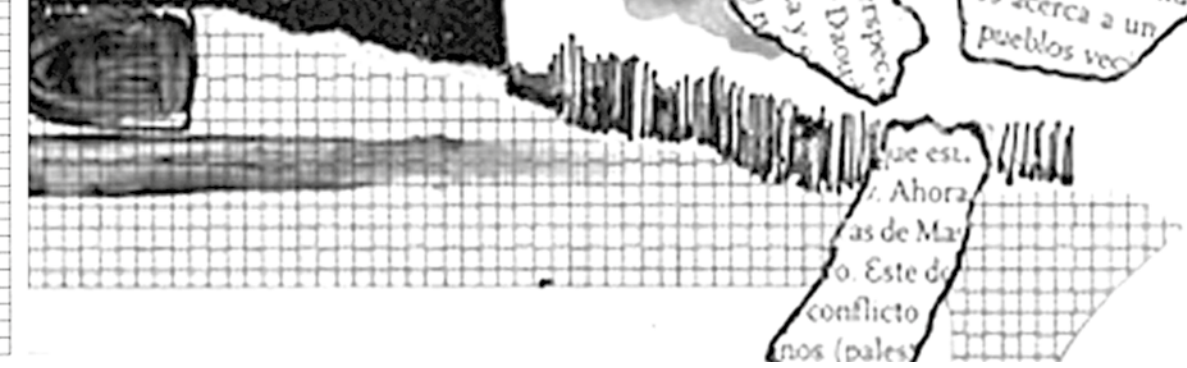
¿Conoces el cálido avance
bajo las estrellas?
¿Sabes que existimos?
¿Has olvidado las llaves
del Reino?
¿Has nacido todavía
y estás vivo?

Reinventemos a los dioses, todos los
[mitos
seculares,
exaltemos símbolos de las profundas selvas más
[antiguas
[Has olvidado las lecciones
de la guerra antigua].

Necesitamos grandes cúpulas doradas

Los padres se están riendo agudamente en los
árboles de la selva.
Nuestra madre está muerta en el mar.

¿Sabes que nos están conduciendo a
mataderos los almirantes plácidos;
y que los gordos generales lentos se están volviendo
obscenos consumiendo sangre joven?



La madre a que se refería el autor es la naturaleza. En otros poemas escribía referente a «nuestra madre»:

¿Qué le han hecho a la tierra?
¿Qué le han hecho a nuestra bella hermana?
La han asolado y pillado,
y rasgado y mordido,
le hundieron cuchillos
en el costado de la aurora,
y la ataron con cercas,
y la arrastraron...

Las letras fueron escritas en los sesenta en plena guerra de Vietnam, y yo las leía cuando tenía dieciséis años.

Puedes imaginarte lo que será
tan ilimitada y libre
necesitando desesperadamente
la mano de algún extraño,
en una tierra desesperada

O:

Durante siete años moré
en el inseguro palacio del exilio,
jugando extraños juegos
con las muchachas de la isla.

Ahora he venido nuevamente
a la tierra del justo, y del fuerte, y del sabio.
Hermanas y hermanos de la pálida selva,
Oh, hijos de la noche,
¿quiénes de ustedes correrán con la caza?
—gritos de asentimiento—

Ahora la noche llega con su legión púrpura.
Ahora retiraos a nuestras tiendas y a vuestros
[sueños.
Mañana entraremos a la ciudad donde nació.
Quiero estar preparado.

Jim se asumía como chamán a través de la poesía, y confrontaba al lector y al mundo que este habitaba. Lo confrontaba y al mismo tiempo lo invitaba a cruzar el otro lado. Muchos bebimos del elixir poético de Jim Morrison. Fue alimento en nuestra juventud. ☼

FIDEL IBARRA LÓPEZ. Profesor universitario, articulista de la revista *Multiversidad Management*, columnista del periódico *El Sol de Mazatlán*. Actualmente es doctorante en educación en la Universidad Autónoma de Durango (Campus Mazatlán).

DEREK WALCOTT

(CASTRIES, 1930)

Traducción de Oscar Paúl Castro

Islands

To Margaret

Merely to name them is the prose
Of diarist, to make you a name
For readers who like travellers praise
Their beds and beaches as the same;
But islands can only exist
If we have loved in them. I seek,
As climate seeks its style, to write
Verse crisp as sand, clear as sunlight,
Cold as the curled wave, ordinary
As a tumbler of island water;
Yet, like a diarist, thereafter
I savour their salt-haunted rooms
(Your body stirring the creased sea
Of crumpled sheets), whose mirrors lose
Our huddled, sleeping images,
Like words which love had hoped to use
Erased with the surf's pages.

So, like a diarist in sand,
I mark the peace with which you grace
Particular islands, descending
A narrow stair to light the lamps
Against the night surf noises, shielding
A leaping mantle with one hand,
Or simply scaling fish for supper,
Onions, cats-fish, bread, red snapper;
And on each kiss the harsh sea-taste,
And how by moonlight you were made
To study most the surf's unyielding
Patience thought it seems a waste. ☼

[From *In a green night*]

Islas

Para Margaret

Apenas para evocarlas sirve la prosa
de los diaristas, ensamblar un nombre
para lectores que gustan que los viajeros
elogien de igual manera a sus lechos y a las playas.
Pero las islas solo pueden existir
si hemos amado en ellas. Yo busco,
como el clima busca su estilo, escribir un verso
que cruja como la arena, nítido como la luz del sol,
frío como la ola ensortijada, cotidiano
como un vaso de agua de la isla;
sin embargo, como un diarista, después de todo
saboreo las habitaciones hechizadas de sal
(tu cuerpo agitando el arrugado mar
de sábanas revueltas), cuyos espejos no logran reflejar
nuestras ayuntadas imágenes dormidas,
como palabras que el amor buscaba preservar
borradas por el oleaje.

Entonces, como un diarista, en la arena
hago un trazo con la misma serenidad con que embelleciste
a algunas islas, descendiendo
por una angosta escalera para encender las lámparas
y combatir el ruido nocturno de las mareas, usando como escudo
una manta trémula en la mano,
o simplemente limpiando un pescado para la cena,
cebollas, bagres, pan, un pargo;
y en cada beso el áspero sabor del mar,
y bajo la luz de la luna saber que fuiste creada
para estudiar la inflexible paciencia de las mareas
aunque parezca un desperdicio. ☼

PUBLICACIONES DEL ISIC



Asunto de familia

BERNARDO RUIZ

Este asunto involucra tanto un interrogatorio a este vasto protagonista humano como un depredador altamente especializado, o como un hacedor de sueños y pesadillas: un interlocutor de fantasmas y aberraciones de la imaginación, la cuna de todos los miedos.

BRENDA RÍOS



En el andén de los sueños

Varios autores

En el andén de los sueños confluyen los pasos, las voces, las miradas de diez narradores que se inician en el oficio de escribir con una escritura que irrumpe y rompe el molde de la literatura que actualmente se hace en Sinaloa, que en su mayor parte tiene que ver con estructuras, estilos y temáticas específicas.

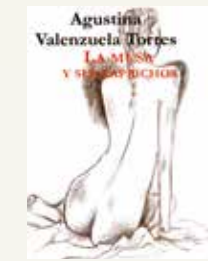
E. YÉPIZ



Nuevo álbum de zoología

JOSÉ EMILIO PACHECO

El bestiario, es decir el libro que reúne versos o poemas en prosa sobre animales, es una de las tradiciones ancestrales de la poesía. El antecedente más remoto que conocemos es el *Physiologus* que data de los primeros siglos de nuestra era. *Nuevo álbum de zoología* continúa esta línea y la trae hasta nuestro siglo XXI de frenética destrucción de la naturaleza y de especies en peligro, la humana en primer término.



La musa y sus caprichos

AGUSTINA VALENZUELA

La musa y sus caprichos representa una confesión de amor por el lenguaje y al mismo tiempo un testimonio de fe por la escritura. En las páginas de este libro los personajes intuyen que su destino no está en ninguna parte y se van sin irse y regresan sin haberse ido.

E. YÉPIZ



La desnudez de las palabras (antología poética)

NORMA BAZÚA

La presente antología pretende ser una muestra representativa del vasto universo poético bazuniano, que se cuenta por miles y miles de versos que conforman cientos y cientos de poemas que dan cuerpo a los doce libros publicados por la poeta y a los otros que permanecen inéditos. Habitada por la locura de la poesía, Norma Bazúa nunca dejaba de escribir.

E. YÉPIZ



El corazón delator

EDGAR ALLAN POE

El corazón delator y otros relatos es una antología integrada por ocho de los sesenta y siete relatos que se conocen de Edgar Allan Poe y han sido tomados de la traducción hecha por Julio Cortázar.



Entre sombras (relatos de suspenso y tiniebla)

AMPARO DÁVILA

Amparo Dávila nos introduce en el mundo de lo fantástico, lo misterioso, lo sobrenatural, la soledad, el miedo, la muerte, lo terrorífico, lo terrible; en donde los personajes que crea, si bien, en la mayoría de los casos, se muestran entre sombras o se asumen como si fueran tales, están enfermos de un exceso de humanidad.

E. YÉPIZ



Más allá del sol

GLAFIRA ROCHA

Más allá del sol cumple una función esencial: crea un espacio de pensamiento y humor para filtrar la inevitable violencia cotidiana.

DAVID OLGUÍN



El fantasma de Canterville

ÓSCAR WILDE. Traducción de Rosabel Salazar

El fantasma de Canterville es un divertido y fantástico relato que tiene como escenario una antigua mansión recién ocupada por una familia norteamericana que provoca las tribulaciones y el malestar de sir Simon de Canterville, un caballero que murió en circunstancias misteriosas y desde hace más de trescientos años deambula por los pasillos y habitaciones de la que fuera su casa.

E. YÉPIZ



El tiempo que regresa

CÉSAR IBARRA

Un viaje vertiginoso donde el autor no teme datar su texto en los sótanos del Kremlin, la Sala Oval de la Casa Blanca o las cambiantes arenas de Egipto. Las horas de la noche en estas historias son las horas del mundo, y todo lector que recorra este libro, sentirá que su tiempo regresa y jamás detiene su marcha, prolífica y reveladora.

JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

Timonel

AGUSTINA VALENZUELA TORRES

ALEYDA ROJO

ARNULFO VALDEZ OLETA

DEREK WALCOTT

ERNESTINA YÉPIZ

FIDEL IBARRA LÓPEZ

FOROUGH FARROKHZAD

HUMBERTO FÉLIX BERUMEN

ISABEL HION

JORGE CHAVARÍN

JORGE ORTEGA

JOSÉ ÁNGEL LEYVA

JULIO CÉSAR FÉLIX

JULIO REYES ZATARÁIN

MARÍA JULIA HIDALGO

MOISÉS ELÍAS FUENTES

NOEL MARTÍNEZ

RUBÉN RIVERA

SAÚL VALDEZ

TANIA PLATA

